

**EL  
FUTURO  
DE LA  
LIBERTAD**

*Karl-Hermann Flach*

## **EDUCACIÓN PARA LA DEMOCRACIA**

En nuestras sociedades es evidente el desinterés por los asuntos públicos y el mirar la política y su ejercicio como algo ajeno, desprestigiado y reservado sólo para ciertas personas o grupos dentro del Estado. Con el propósito de superar esta situación se debe emprender un trabajo serio y planificado de formación y capacitación políticas del ciudadano, a través de todas sus edades.

Todo miembro de una sociedad, como parte integrante de ella, está llamado a ser, por derecho propio, sujeto activo y no simplemente pasivo dentro del desarrollo de la misma. Con este fin, es imprescindible educar para la participación, que es el sustrato de una sociedad auténticamente democrática.

La participación tiene que ser activa, lo cual implica un esfuerzo, una acción dirigida a insertarse en la tarea común en procura de un mayor y más justo desarrollo.

El camino hacia la democracia liberal no es otra cosa que un decidido empeño de educación de los ciudadanos para la democracia, que supone todo un proceso.

KARL-HERMANN FLACH

**EL FUTURO DE  
LA LIBERTAD**

La nueva oportunidad de los liberales

Fundación Friedrich Naumann  
Bogotá, DC., Colombia

Título original: *Noch eine Chance für  
die Liberale, oder Die Zukunft der Freiheit*

Traducido del alemán por  
Marciano Villanueva Salas

© 1971 by S. Fischer Verlag, Frankfurt an Main,  
1ª Edición

© Unión Editorial, S.A. Madrid, 2ª, Edición

Publicado bajo los auspicios de la fundación  
Friedrich Naumann

3ª. Edición, 1986  
© Fundación Friedrich Naumann  
Proyecto Bogotá

4ª. Edición, 1994  
© Fundación Friedrich Naumann  
Perfiles Liberales  
Calle 104 No 20 A – 18  
Bogotá, D.C., Colombia

Impreso por  
Canal Ramírez Antares Ltda.  
Bogotá, D.C., Colombia

## INDICE

- I. La sed de libertad del hombre.
- II. El catálogo de las doctrinas salvíficas.
- III. Pequeño catecismo liberal.
- IV. Liberalismo y capitalismo.
- V. El fracaso del socialismo.
- VI. Preguntas abiertas a la sociedad.
- VII. La contrarrevolución de la izquierda.
- VIII. Las fuentes de la riqueza.
- IX. La sociedad equilibrada.
- X. Las líneas del frente de batalla.
- XI. Peligros latentes.
- XII. Tiempo libre y libertad.
- XIII. Evolución de la cultura.
- XIV. La libertad como tarea.

# I

---

## La sed de libertad del hombre

Para unos, el liberalismo es un cadáver, algunos de cuyos órganos prolongan aún su existencia en el tejido de la nueva sociedad, pero que, en conjunto, pertenece al sepulcro de la historia.

Para otros, el liberalismo es una antigualla, cuyo contenido es, desde luego estéril, aunque todavía sirve para aromatizar con el perfume de unos excelsos ideales los derechos bien adquiridos y los sagrados privilegios de la propiedad de unas clases sociales determinadas.

Para un tercer grupo, el liberal es el tonto útil, que ayuda a derribar un orden social fosilizado, para que, tras la fase de transición de una absoluta y demencial libertad, se meta en la camisa de fuerza de un orden salvífico, naturalmente mejor. Si, tras haber cumplido su misión, ese tonto útil no acaba de comprender que debe poner fin a sus charlatanerías sobre la libertad, entonces lo único que le espera es el sanatorio psiquiátrico o la cárcel.

La verdad es que el liberalismo no es ni un cadáver, ni una estéril antigualla, ni una útil estupidez. Es, más bien, expresión concreta de la sed humana de libertad, que irrumpe una y otra vez, o, como otros afirman, de una “eterna enfermedad”, que no puede curarse ni con operaciones quirúrgicas ni con medicamentos.

Los primeros impulsos liberales surgieron cuando el hombre comenzó a pensar y los últimos sólo se extinguirían cuando haya desaparecido el último hombre de la tierra. Sigue planteada la pregunta del futuro de la libertad, de las oportunidades del liberalismo. Sigue en pie, en definitiva, la pregunta sobre el futuro de una sociedad digna del hombre.

## II

---

### **El catálogo de pecados de las doctrinas salvíficas**

La historia de las doctrinas salvíficas es la historia de sus pecados.

La revolución del amor consumada por Cristo, cuya incomparable grandeza se sintetiza en el mandamiento no sólo del amor al prójimo, sino del amor al enemigo, llevó, en el fluir de los siglos, a matanzas de paganos, quemas de brujas, persecución de herejes, a la bendición de las armas, la idolatría del poder, la santificación de la propiedad. Hasta donde alcanzamos a ver, después de dos mil años de cristianismo, la humanidad no es mejor, o, expresado de otra forma, Dios no está más cerca. De todas formas, sería poco honesto querer juzgar al cristianismo, con su historia de humillaciones, sacrificios y renunciaciones, con sus aportaciones culturales sociales, teniendo sólo en cuenta los errores y deformaciones de su desarrollo histórico.

La evolución hacia el socialismo introducida por Karl Marx, cuyo núcleo es la liberación del hombre del hombre de la explotación por el hombre, llevó, en el curso de un siglo, al trabajo forzado de enormes masas humanas, a la liquidación de los adversarios políticos y de los partidarios supuestamente desviacionistas, al dominio sin límite de un tirano, a sistemas de presión y represión, a una gigantesca tutela y al dominio institucionalizado de la burocracia. Hasta donde alcanzamos a ver, el socialismo no resuelve los problemas de aquellas sociedades en las que ha marcado su impronta ni elimina las contradicciones de las que ha nacido. Con todo, sería poco honesto querer valorar el socialismo sólo desde la perspectiva de los errores y deformidades de su desarrollo histórico, pasando por alto sus modelos sociales ejemplares, sus esfuerzos en pro de los hombres desheredados, su eficaz desafío al mundo del capitalismo y del colonialismo.

El nacionalismo quiso trasladar la imagen de la libertad y de la independencia del hombre a sus comunidades, las naciones. En nombre de la libertad y la libertad de los pueblos, los movimientos nacionalistas lanzaron a los pueblos a inmensas carnicerías de aniquilación. En su más pura concentración, el nacionalismo alcanzó también los límites supremos de la prevención y manchó las páginas del libro de la historia de la humanidad con las terribles experiencias de las instalaciones industriales para aniquilar a masas de seres humanos indefensos. Por eso resulta difícil conceder que el nacionalismo hiciera juego limpio, aunque en nuestros días vuelve a encontrar sus apologetas. De todas formas, es mérito indiscutible del nacionalismo haber eliminado los pequeños dominios feudales y haber creado en su propio seno, en virtud de su inmenso delirio, tales contradicciones que dejó vía libre para su propia superación.

Aunque no se quiere ver el liberalismo la eterna pregunta de la libertad y la dignidad del hombre, y se prefiere considerarlo sólo como un fenómeno histórico que va aproximadamente desde la época del humanismo y de la ilustración, a través de la gran

revolución francesa, hasta el desarrollo del capitalismo, sus pecados son, en términos comparativos, menores. Tras su grande y victoriosa lucha en pro de la libertad de espíritu, de los derechos cívicos y de las constituciones garantizadas, perdió en parte su impulso, permitió que se abusara de él como representante de los intereses de las capas privilegiadas, se fosilizó en formas burguesas conservadoras y tuvo parte de culpa en los pecados del primitivo capitalismo, en el trabajo de los niños, en la explotación del hombre y en la injusta distribución de las riquezas. Todos estos reproches tienen ciertamente un atenuante en el hecho de que las ideas y las iniciativas para superar estos males –la idea de las cooperativas, el movimiento sindical, la enseñanza obligatoria, los seguros sociales– nacieron también en el seno del liberalismo. Ha habido tiranías cristianas, dictaduras socialistas, opresores dominios nacionalistas. Pero resulta imposible aplicar estos conceptos, nacidos de la historia de las miserias humanas, el adjetivo de los liberales. Tiranía liberal, dominio opresor liberal –esto sería una *contradictio in adjectu*, algo en si mismo contradictorio.

Con un ejemplo *a contrario* podrá percibirse con mayor claridad esta línea de pensamiento. El adjetivo liberal es, desde cualquier punto de vista, un bello ornato. Y así, puede darse un comunismo liberal en otras ideologías. Dondequiera el liberalismo ha podido introducirse en los ámbitos de otras actitudes del espíritu, las ha destabuizado, relativizado, humanizado.

Hay aquí, en palabras concisas, un hecho y un testimonio histórico. Con todo, tanto el conservadurismo cristiano como el socialismo y el nacionalismo en todos sus matices, se han unido en sus –más que fariseos, visto desde sus respectivas tendencias– ataques al liberalismo. A pesar de su mutua oposición, y hasta de su mortal hostilidad recíproca, todos ellos tienen y alimentan una común raíz del antiliberalismo.

Es fácil tentación irritarse ante tal insolencia y atribuirle a su común conciencia del fardo de sus propios fallos históricos. Pero esto sería demasiado viva, y tiene futuro por delante. No se enraíza tanto en la relativa inocencia histórica del liberalismo comparado con los fracasos de otros movimientos e ideologías, sino en la provocación, constantemente actual, que para estas doctrinas y estos órdenes supone el liberalismo.

Para explicarlo más de cerca, es preciso saber qué significa exactamente el liberalismo.



### III

---

## Pequeño catecismo liberal

Sobre el problema de lo que significa exactamente el liberalismo existen discusiones incluso entre los liberales, desde los numerosos conservadores que se llaman liberales por tradición, hasta jóvenes de la izquierda, que ignoran que en realidad son liberales desengañados. En nuestro caso, la respuesta es bastante sencilla.

Liberalismo significa compromiso a favor de la máxima libertad posible del hombre individual y concreto y salvaguarda de la dignidad humana, en cualquier situación, actual o futura, de la sociedad, sean cuales fueren los cambios que se produzcan. El liberalismo no se atiene a ningún modelo específico de sociedad.

De acuerdo con ello, liberalismo no significa libertad y dignidad humana personal del mayor número posible. Libertad e igualdad no sólo no son valores opuestos, sino que se condicionan mutuamente.

La libertad del individuo tiene sus límites en la libertad del otro individuo, del prójimo. Por eso, el liberalismo no es anarquismo, sino que es también del orden político.

El liberalismo sabe que el hombre no es poseedor de verdades definitivas. Cree que sólo está a la busca de estas verdades. Sabe que el camino del conocimiento está empedrado de errores y que la verdad de hoy lleva a un seno el error de mañana. También la dialéctica liberal parte del enfrentamiento de tesis y antítesis para formar síntesis, que constituyen a su vez nuevas tesis, frente a las cuales deberán surgir nuevas antítesis. Pero, en oposición al pensamiento contemporáneo del materialismo dialéctico, la dialéctica seguirá existiendo siempre. En la concepción liberal no existen ni soluciones políticas definitivas, ni estados sociales definitivos. Nunca se extinguirán las contradicciones humanas y sociales. En el mejor de los casos, recibirán una nueva calidad. Por tanto, el liberalismo es una teoría política relativa.

El liberalismo no admite tabúes. Para él todo hecho y toda situación están abiertos a la discusión y toda opinión merece ser tenida en cuenta. el liberalismo desacraliza necesariamente todas las zonas que, con argumentos de orden supuestamente superior, y por razones casi siempre motivadas por intereses, pretenden estar por encima y a salvo de un debate general.

Dado que el liberalismo no admite verdades humanas últimas ni soluciones políticas definitivas, la libertad de espíritu y la protección de las minorías son el núcleo fontanal de su programa. Todo progreso político y social se inicia como una discrepancia respecto de las teorías dominantes. Quien prohíbe las ideas discrepantes como herejía y persigue como heterodoxa toda negación crítica de los principios vigentes, impide, según la concepción liberal, el progreso social y político. Nadie sabe qué minorías de hoy serán las mayorías de mañana. El que pone limitaciones a los derechos de las minorías empuja a la sociedad hacia formas formalizadas. En consecuencia, la libertad de espíritu y la protección de las minorías son constitutivos irrenunciables para el progreso de la sociedad. Su presupuesto es

la tolerancia. A tenor de las experiencias liberales, también la tolerancia puede actuar represivamente, pero esto en nada menoscaba su valor fundamental sino que simplemente describe sus ocasionales impotencias. No se trata de denunciar la tolerancia. Lo que el liberalismo intenta es devolverle la plena capacidad de función.

Como el liberalismo ha llegado a saber que el hombre no lo sabe todo y que no todo es cognoscible y planificable, rechaza con toda energía la concepción de que el fin justifica los medios. Para los liberales, la experiencia enseña que incluso en los más nobles propósitos, la utilización de medios reprobables convierte a estos medios en realidades autónomas que, al final, dañan al mismo fin, lo enmarañan e incluso lo olvidan. En consecuencia, la adecuación de los medios para la consecución de cualquier fin es una exigencia básica del liberalismo. Aquí está el núcleo de la ética liberal.

La vida es promesa de libertad. Donde no hay vida, no puede prosperar ninguna libertad. Donde reina la esclavitud, pero hay vida, todavía le queda una oportunidad a la libertad. En consecuencia, el liberalismo es pacifista. La guerra obliga a cada una de las partes implicadas a un aumento tan concentrado de poder que también amenaza extinguirse la libertad de los defensores de la libertad. Lo mismo cabe decir respecto de cualquier recurso de violencia. La violencia descarga sobre justos y pecadores, sobre culpables e inocentes, sobre beligerantes y neutrales. La violencia genera contraviolencia y obliga al que recurre a ella a insertarse en una espiral ascendente, de tal modo que en último término el medio de la violencia desborda con mucho los fines que se pretendían al recurrir a ella.

De otra parte, existe también el derecho a la legítima defensa, que es aplicable tanto a las comunidades estatales como a los grupos sociales y a los individuos. El rechazo liberal de la violencia y el derecho liberal a la defensa de la libertad en legítima defensa constituyen una contradicción. Para los liberales es evidente que la violencia debe circunscribirse al ejercicio del derecho a la legítima defensa. Pero incluso éste encierra en sí el peligro de ser desbordado, y hasta la defensa más justificada se halla sujeta a la ley fatal de la espiral de la violencia. En esta contradicción tienen que vivir también los liberales. En consecuencia, el liberalismo redobla sus esfuerzos para conseguir desempeñar una función de distensión en las relaciones entre los Estados y en el seno de la sociedad, con el fin de relativizar esta contradicción.

La sociedad necesita un cambio constante. Las rígidas relaciones de poder y de propiedad actúan en contra de la libertad. El liberalismo debe intentar, por tanto, mantener a toda sociedad abierta a los cambios. No puede, pues, ignorar ni ocultar los conflictos sociales, sino que debe esforzarse siempre por crear reglas de juego para dirimir estos conflictos de forma adecuada a la dignidad humana. Nunca se puede, por tanto, concebir el liberalismo como una magnitud estática, siempre como una fuerza dinámica.

En toda sociedad hay poder, intereses, integridades, avaricias, influencia y vanidad, hay éxitos y fracasos, faltas y debilidades, cosas excelsas y cosas ridículas. Nunca hubo ni habrá una sociedad humana sin estos fenómenos humanos. Las construcciones totalitarias del Estado y de la sociedad no se distinguen de las liberales y democráticas por el hecho de que en las primeras se hayan desterrado estos fenómenos, sino simplemente porque en ellas no está permitido discutirlos a la luz del día. Quien cree haber descubierto en la historia alguna sociedad ideal, sin luchas por el poder y sin intereses contrapuestos, o padece un error de tipo idealista o falsifica la historia. La meta de la sociedad perfecta pertenece al reino de la utopía. La sociedad ideal como realidad previamente dada, fue y sigue siendo mera ideología. Este es uno de los componentes del conocimiento liberal.

Por supuesto, la ideología y la utopía tienen su función social e histórica. Debe haber utopías, si ha de haber cambios en la sociedad. Y debe haber ideologías mientras haya sociedades (relativamente) estables. Pero el liberalismo no se deja encantar por utopías ni seducir por ideologías. Las contempla en su significación relativa, por así decirlo desenmascaradas. Y observa con desconfianza el proceso de transformación de la utopía en ideología, cuando los abogados de la utopía consiguen instalarse en el poder y se ven obligados a confrontar sus esquemas mentales con la desnuda realidad.

La democracia y el liberalismo mantienen entre sí una relación de tensión y se condicionan mutuamente. Democracia es la concepción de una *forma* de poder o, simplificando: es la teoría del poder legítimo de la mayoría. La democracia puede ser totalitaria, cuando el poder de la mayoría viola sin contemplaciones los derechos de las minorías y limita sus oportunidades de convertirse a su vez en mayoría. El liberalismo es una concepción del *grado* del poder. Como el liberal sabe que en toda sociedad actúa el factor del poder y que no debe eliminarse este poder, no intenta destruirlo, sino que considera que su tarea es limitarlo, dividirlo, controlarlo y mantener abiertas las posibilidades de sustituir a los que ejercen el poder. El liberalismo y la democracia han conseguido en numerosos países una feliz armonización.

La fuerza moral del liberalismo condiciona su debilidad como organización. Su teoría de la relatividad empuja a los liberales a someter a constante prueba su propia posición. La ética liberal de la adecuación de fines y medios siembra entre sus partidarios numerosos escrúpulos intelectuales a la hora de luchar por la conquista y el uso del poder. La concepción liberal de la tolerancia lleva forzosamente a la comprensión de la posición de los adversarios, ideólogos o utipistas, sin que éstos, por su parte, necesiten esforzarse por adquirir ni la más mínima comprensión de las posiciones liberales. La teoría liberal de la distensión lleva, a su vez, a una constante debilitación frente a los adversarios políticos que como los conservadores, por ejemplo, amparados en su supuestamente legítima defensa del derecho y del orden, o como los utopistas de izquierda, en su supuesta posesión de la pura doctrina, no sienten tantos escrúpulos a la hora de ejercer el poder. Al liberalismo le resulta difícil tarea enfrentarse con tales adversarios.

Pero más difícil aún le resulta el trato con sus (aparentes) amigos. El capitalismo como supuesta consecuencia lógica del liberalismo pesa sobre él como una pesada losa. Que el liberalismo acierte a desligarse de esta su vinculación a una clase y, por ende, del capitalismo, constituye una de las premisas de su futuro.

El liberalismo se petrificó en el siglo XIX. Tras haber conseguido convertir en realidad una de las más grandes conquistas históricas de la Edad Moderna, a saber, el paso del absolutismo a un Estado de derecho fijado en la Constitución, se durmió sobre los laureles y no advirtió que todo lo conseguido hasta entonces no era sino un primer paso hacia la evolución liberal de la sociedad.

El liberalismo cultural fue sepultado en las sombras por el liberalismo económico. Los intereses individuales de una burguesía en rápido proceso de consolidación se impusieron a la tendencia liberal básica de asegurar la libertad y la dignidad para el mayor número posible de personas. El liberalismo jurídico se fosilizó en un positivismo jurídico que opinaba, por ejemplo, que ya se había cumplido el principio de la igualdad de todos ante la ley, porque así lo establecía la ley, pero sin tener para nada en cuenta el marco social. El liberalismo cultural creyó que la igualdad de oportunidades se implantaría de forma automática en la sociedad, una vez dada de hecho la igualdad de oportunidades de formación y, también aquí, se conformó con que figurase este principio sobre el papel, en

vez de garantizarlo en la realidad social. A todo esto se sumó la capitulación de un fuerte grupo de liberales ante el naciente nacionalismo e imperialismo, que tuvo su expresión clásica en el asentimiento dado por los liberales nacionalistas (que entonces se escindieron del resto) al proyecto de indemnidad de Bismarck, tras la administración militar, contraria a la Constitución, que éste había impuesto durante la guerra de 1864 y 1866.

El liberalismo alcanzó su más alta cota de deformación cuando una parte considerable de sus seguidores abrazó la teoría calvinista de la predestinación. La concepción de lo que los éxitos económicos son prueba de la benevolencia divina (o como quiera que se lo llame), todavía hoy viva y presente en algunos círculos empresariales, es crasamente antiliberal. El liberal sabe muy bien que los hombres no son iguales y precisamente por eso debe luchar, llegando el caso incluso radicalmente, en pro de la igualdad de oportunidades, para que todos puedan encontrar un puesto en la sociedad acorde con sus cualidades, sus deseos, su capacidad y voluntad de rendimiento, y ello con total independencia de su origen, herencia o salud. El gran lema de la igualdad de oportunidades fue, durante mucho tiempo, huera frase, tras la que se embozaban extremas desigualdades.

Ahora bien, el concepto liberal de rendimiento y la capacidad competitiva sólo puede justificarse si existe en la sociedad igualdad de oportunidades o un elevado grado de aproximación de esta igualdad. En el siglo XX, los liberales echaron al olvido que éste era el principio sobre el que debían volcar sus esfuerzos. Se mostraron tolerantes ante un afianzamiento de las relaciones sociales que deformó el concepto teórico y jurídico de la libertad, para convertirlo en arma con la que una reducida capa social defendió sus pretensiones sobre otras amplias masas.

Ya antes de la primera guerra mundial fustigó Friedrich Naumann enérgicamente la ausencia de un componente social en el liberalismo. Es curioso notar que incluso aquellos que más tarde admiraron a Naumann y se apoyaron en sus ideas, fueron bastante incapaces de desligar al liberalismo de su rigidez de propietarios burgueses, para asegurar de este modo su futuro. La constante mengua de las fuerzas liberales organizadas, el latente retroceso de los partidos liberales ante la opinión pública, tiene su causa más profunda en aquel endurecimiento propietario-burgués del liberalismo. Se toleró durante largo tiempo la orientación conservadora, hasta que nuevas fuerzas jóvenes consideraron viable el intento de liberación del liberalismo y su reorientación hacia las necesidades sociales de los siglos XX y XXI. El intento se llevó a cabo en condiciones mortalmente peligrosas para los partidos liberales.

## IV

---

### Liberalismo y capitalismo

La concepción de que el liberalismo y la propiedad privada sobre los medios de producción son, en cualquier circunstancia, términos sinónimos, pertenece al capítulo de los grandes errores de la historia contemporánea, todavía defendido en nuestros días.

El error se explica por el hecho de que la incipiente burguesía pudo encumbrarse como clase social sólidamente constituida gracias al triunfo de las ideas liberales. De esta clase extrajo el liberalismo del siglo XIX su fuerza de choque y su base social. la burguesía dio al liberalismo una gran amplitud, porque creyó que su ascensión social estaba vinculada a este movimiento. Pero la traicionó muy rápidamente (sobre todo en Alemania), cuando juzgó que sus intereses sociales podían estar más eficazmente protegidos, y con menores riesgos, a través de la alianza con las fuerzas conservadoras y cuando la clase trabajadora intentó a su vez el ascenso social. Así pues, la alianza entre el liberalismo y la burguesía fue sólo temporal.

También hoy día se está abusando del liberalismo como filosofía de los grandes empresarios o incluso se le reduce a ideología de pequeños comerciantes. De todas formas, en la lucha por la superación de la sociedad burguesa, los liberales deben mantenerse muy alerta, para impedir que, a una con esta sociedad, no se pierdan también las virtudes cívicas.

Tampoco para los teóricos liberales del primitivo capitalismo, como Adam Smith o David Ricardo, era el liberalismo una teoría de privilegios, sino una doctrina social. Partían simplemente de la tesis de que el progreso de la totalidad alcanzaría su máxima eficacia cuando cada individuo intentara alcanzar por sí mismo lo mejor. La norma no era, según ellos, la felicidad de los individuos concretos, sino la felicidad de la totalidad, como suma del éxito conseguido por cada individuo. La teoría de la movilización del egoísmo como motor del progreso económico general obtuvo un éxito evidente y todavía hoy día tiene su razón de ser.

Con todo, pronto pudo advertirse que la absoluta libertad de contratación, el libre juego de las fuerzas, no llevaba a una competencia perfecta, sino a su constante limitación a través de los “trusts” y concentraciones que se adueñaban del mercado. La escuela neoliberal configurada en torno a Wilhelm Röpke y Walter Eucken, que consideraba la competencia como el factor decisivo del funcionamiento del mercado y el impulso más eficaz del progreso económico, se esforzó, con razón, por instaurar o reinstaurar la competencia, a través de la intervención del Estado. Las modernas leyes “antitrusts” se apoyan en estas teorías.

Hoy vemos con mayor claridad aún que la propiedad privada sobre los medios de producción y el mercado libre conducen a una desigualdad cada vez más amplia, que limita hasta un grado insostenible la libertad de la mayoría frente a la libertad de pequeños grupos. La concentración de riquezas en las sociedades industrializadas occidentales lleva,

incluso en el marco de un creciente nivel de vida y de una mayor seguridad social para las masas asalariadas, a una disparidad, que priva de todo fundamento al argumento de las relaciones de propiedad que pretende partir del concepto de la libertad personal.

De otra parte, es un hecho que las sociedades comerciales con propiedad privada y relativa libertad de mercado son significativamente más eficaces que todos los ensayos hasta ahora conocidos por implantar los modelos socialistas.

A través de un crecimiento económico sujeto ciertamente a fluctuaciones, pero en su conjunto muy elevado, las economías de mercado han conseguido un grado de desarrollo que ha hecho posible, por vez primera, un equilibrio social y una prestación de servicios de alto alcance. Una sociedad no puede distribuir racionalmente sino lo que antes a producido.

Por estos motivos, el problema de la organización de la producción desde el punto de vista del derecho de la propiedad no constituye para los liberales una cuestión dogmática, sino que un problema de simple y mera adaptación de medios y fines, una cuestión de tipo pragmático. Debe comprobarse época por época y caso por caso si las fuerzas impulsoras de la empresa privada son tan valiosas para el progreso económico total que la tentativa de eliminación de la inevitable injusticia de esta forma de propiedad debería compararse al precio de una disminución de la efectividad o bien si la concentración de poder de los propietarios privados es tan amenazadora que merezca la pena afrontar el riesgo de ciertas pérdidas de efectividad para implantar una más acentuada distribución del poder y una mayor justicia.

La fuerte capacidad impulsora del capitalismo no se halla predominantemente en la propiedad privada, sino en la máxima competencia posible de unidades independientes de producción y de socios comerciales. Incluso donde no es ya la propiedad privada de las grandes compañías capitalistas la que proporciona el impulso, es decir, donde la propiedad de los medios de producción y el poder de disposición sobre esta propiedad esta repartido entre diversas manos, se mantienen las fuerzas impulsoras mientras se mantenga en vigor la competencia. Esta competencia puede organizarse bajo distintas formas de propiedad. En un régimen de propiedad total y absolutamente privada, la competencia acabaría por desaparecer, de no intervenir el Estado.

La crítica habitual del socialismo al capitalismo parte sobre todo del principio de la maximización de los beneficios. Los beneficios, peyorativamente calificados de “lucro”, se consideran *eo ipso* inmorales. Esta crítica es infantil. Si se quiere que exista crecimiento económico, debe apoyarse en el principio de la rentabilidad. Hace ya tiempo que en los países socialistas se viene observando que la totalidad de la economía nacional se estanca e incluso retrocede si la mayoría de las empresas “del pueblo” trabajan sin beneficios. Naturalmente, puede ocurrir que una empresa concreta, o incluso toda una rama de la economía, trabaje con pérdidas, en razón de unas insoslayables necesidades públicas, pero, a la larga, la situación no puede mantenerse, si otras empresas o ramas de la economía no consiguen enjugar en la practica, con sus propios beneficios, las pérdidas de las industrias o ramas económicas deficitarias. También en la economía capitalista existen ramas enteras que trabajan con pérdidas (transporte, sanidad, enseñanza), y que son subvencionadas a través del equilibrio que establece la administración pública con otras ramas más productivas. Existen así mismo, dentro de las grandes agrupaciones industriales, algunas empresas concretas que tienen que ser remolcadas por otras. Pero, en conjunto, toda economía debe trabajar según el principio de obtención de beneficios, si quiere asegurarse su progreso.

Así lo enseña la más elemental experiencia. Se comprueba una y otra vez que toda economía pública no orientada a los beneficios tiene una producción más clara. A veces esto es razonable, cuando, por ejemplo, una empresa pública cede la totalidad de su producción o de sus servicios a las empresas privadas por que éstas, a pesar de incluir el renglón de beneficios propios, trabajan mejor, más rápido y más barato. En algunas ramas y empresas concretas, los costos de burocratización y las pérdidas por frotamiento de los canales de decisión institucionalizados son superiores a las ganancias que un empresario privado sería capaz de obtener trabajando con sus métodos habituales. Es interesante observar que en la sociedad occidental no son las sociedades de consumidores establecidas sin afán de lucro las que marchan a la cabeza de los “rompedores de precios”, sino que son casi siempre las cadenas comerciales privadas eficaces y las ventas por catálogo las que mejor consiguen este objetivo. El problema del capitalismo no consiste en que los empresarios obtengan y proporcionen beneficios, sino la utilización y distribución de estos beneficios, así como la de los mecanismos de dirección de las inversiones. El instrumento de distribución es el sistema impositivo, a través del cuál pueden encauzarse las inversiones, amortizaciones y aranceles, desde la perspectiva de la economía total. El problema de los estados capitalistas no consiste en que sea imposible llegar al equilibrio social a través del sistema impositivo, sino en el hecho de que este sistema es configurado y practicado a tenor de los deseos y de los intereses de la “economía”. Al capitalismo se le sigue planteando la vieja pregunta marxista de la “plusvalía”. Sigue siendo un misterio para todo economista que el resultado final de todos los factores de producción es, al fin, superior a la suma de los costos de cada uno de los factores. O dicho con palabras sencillas: si una empresa invierte un determinado capital en edificios y maquinaria, compra materias primas y semielaboradas y paga a sus obreros de acuerdo con las leyes del mercado, ocurre, al final, en toda empresa que funcione correctamente, que queda un remanente superior al que daría un interés adecuado del capital y el justo “salario empresarial”. Si un empresario emprende un viaje de tres años y deja su fábrica en manos de buenos directivos, se despertará cada mañana más rico aun después de una moderada percepción de beneficios. Y es que en efecto, toda ganancia reinvertida aumenta el valor de la empresa. Este misterioso proceso de enriquecimiento no está vinculado a una peculiar e insustituible actividad empresarial. Suponiendo que la empresa pertenezca a algún rico heredero, que pasa su vida en el soleado sur también en este caso aumenta sus riquezas día a día, sin que él se moleste para nada, y supuesto que la empresa esta bien dirigida por empleados capacitados.

Por otra parte, el riesgo del empresario es, en la práctica, menor que el del asalariado. En las sociedades de capital, el empresario sólo arriesga su inversión, mientras que los directivos y empleados arriesgan su existencia total, sobre todo cuando han llegado a la edad madura. Lo peor que puede ocurrirle a un empresario es que tenga que “descender” al “status” social de sus empleados y que tenga que vivir de su fuerza laboral, cosa que, en definitiva, es lo que hace la mayoría de la población.

A esto se añade que en las empresas mastodónicas sólo se privatizan los beneficios, mientras que se socializan las pérdidas. Dado que el Estado no puede consentir que las empresas o ramas económicas muy importantes vayan a la bancarrota porque esto supondría la pérdida de numerosos puestos laborales, interviene, de una u otra forma, con los medios públicos cuando se produce la amenaza de quiebra o hundimiento en todo un sector económico.

A embrollar más aún la situación contribuye también la fábula de la renuncia al consumo del pobre empresario. Se le pinta vagabundeando en los barrios miserables,

corroído por el hambre, sólo para poder pagar a sus amados obreros, comprar máquinas y herramientas. La formación del capital mediante la dura renuncia al consumo no pasa de ser, hoy en día, la excepción a la regla. Esto ocurrió ciertamente en “los tiempos de las fundaciones” y ocurre todavía en nuestros días con el artesano que ahorra para poder establecerse como autónomo o con el obrero que economiza sus gastos para ir pagando trabajosamente su casita en serie. Para los herederos de las grandes fortunas o para los poseedores de capital ya establecidos, la renuncia al consumo puede tal vez consistir en que un año de mal ejercicio económico tengan que posponer la construcción de una piscina climatizada, o de su tercera residencia veraniega, o la compra de un cuadro precioso o de un magnífico corcel pura sangre. Y acaso ni eso.

La libre competencia -sin correcciones- de los productores y comerciantes privados aumenta constantemente la desigualdad en la distribución de bienes, porque, a tenor de un misterioso principio del capitalismo, las riquezas se van acumulando preferentemente allí donde ya las había. Dinero llama a dinero. Las relaciones de propiedad se van consolidando con el tiempo de tal modo que la igualdad de oportunidades existente en los de las fundaciones empresariales va desapareciendo cada vez más o queda reducida al aprovechamiento de un puñado de oportunidades marginales. Y como este tipo de libertad produce la desigualdad total, genera también un sistema de esclavitud para la mayoría.

También las sociedades de los países altamente industrializados, con alto nivel de vida en la mayoría de su población y un sólido sistema de seguridad social, corren el peligro de caer en unas relaciones feudales de tipo sudamericano, sólo que a escala aún más amplia. El pequeño número de grandes propietarios de bienes se enfrentan a una inmensa clase de asalariados que ciertamente no pasan hambre ni se hielan de frío ni habitan en miserables chabolas, pero que, en definitiva, están reducidos a la condición de súbditos de la economía, sólo que bien alimentados.

La gran economía capitalista sigue generando aún la ideología empresarial de la época de los pioneros de la libre empresa, pero se halla ya en realidad sometida a unas normas concretas, que se desarrollan con independencia de la estructura de la propiedad. La estampa del joven activo, que ahorra con esfuerzo durante años, para luego, con el capital reunido y siguiendo sus propias ideas e iniciativas, lanzarse al riesgo piadoso y florido de fundar una empresa, suena a los oídos de la mayoría de los trabajadores como una leyenda. Esto sólo fue así en otros tiempos. Pero hoy ya no es el caso típico. Nuestra economía está dominada por gigantescas organizaciones empresariales, dirigidas por equipos de “managers” según unos principios determinados, sea cual fuere la forma de propiedad de la empresa.

La “Volkswagen”, por poner un ejemplo, inició y mantuvo su pionera ascensión en una época en que pertenecía al Estado. Aunque no hubiera pasado, en su máxima parte, a manos de un gran número de pequeños accionistas, seguiría siendo dirigida y controlada por los mismos principios que antes. La firma mundial Siemens es una pura empresa privada. Pero sería dirigida y gobernada por los mismos principios en el caso de que pasara a ser estatal o se la contuviera en fundación de utilidad pública. Alfred Krupp ha dirigido su gigantesco consorcio como firma individual igual que la florista dirige su tienda de la esquina. Ha fracasado. La empresa ha sido “socializada”. Tal vez pueda prosperar en esta nueva situación.

De igual modo, tampoco una distribución del capital productivo totalmente diferente significaría una pérdida de efectividad en el ámbito de la gran economía. El problema decisivo no es la propiedad privada, sino la competencia y la máxima libertad posible de



acción y decisión de los dirigentes. Todo lo demás no pasa de ser afirmación defensiva de círculos interesados.

Siempre se dan, por supuesto, empresarios pioneros, que descubren espontáneamente una laguna en el mercado, que actúan con rapidez y dispuestos a correr riesgos y que ponen alas al progreso económico. Pero se trata siempre de personas fuera de serie, que explotan oportunidades fuera de serie. Muchas de las empresas así construidas se convierten, cuando han culminado con éxito su etapa pionera, en grandes consorcios.

Incluso en una economía ampliamente socializada debería mantenerse abiertamente la posibilidad de esta función estimulante de los empresarios pioneros. Negarla por razones dogmáticas es uno de los fundamentos de la menor eficacia de las economías socialistas. Temen la oscilación pendular hacia el capitalismo. Esto podría evitarse en virtud del derecho sucesorio, que concedería a los empresarios pioneros, de por vida, especiales oportunidades de beneficios y les ofrecería la posibilidad de dejar a sus herederos una limitada previsión (y participación) en los bienes conseguidos, pero que, al producirse la defunción, obligaría a la mayoría de las empresas a transformarse en fundaciones de utilidad pública, en sociedades de trabajadores o en propiedades de la Administración pública.

Existen además ciertas empresas, casi siempre pequeñas, que funcionan en régimen familiar y desarrollan una notable eficacia. Este es el caso, por ejemplo, de determinadas empresas del negocio de hostelería o de pequeñas empresas de servicios de otro tipo, de proveedores altamente especializados, de comercio y talleres individuales, sin contar el ámbito de la economía agraria. Uno de los errores de algunos Estados socialistas es no conceder, por razones ideológicas, ninguna oportunidad a las empresas familiares. Y, sin embargo éste sería el modo de eliminar numerosos cuellos de botella, sobre todo el sector de los bienes de consumo.

En los sectores de la economía privada ya “socializada” podría someterse a comprobación, sin ningún peligro, el experimento de nuevas formas de participación de los trabajadores. El capitalismo sólo podrá sobrevivir si pone fin e invierte poco a poco el sentido de la evolución hacia una desigualdad en constante aumento. Todos los intentos hasta ahora emprendidos para llegar a la llamada formación de capital han quedado muy lejos de la meta perseguida. No han llevado a una lenta redistribución de las plusvalías del capital sobre los medios de producción sino sólo a un (fluctuante) aumento salarial, que se distingue de los restantes únicamente en que incluye la obligación de invertir durante cierto tiempo una parte de lo ganado, para aumentar los valores. De cualquier forma, no menos cierto que también existen unos pocos auténticos intentos de nuevas formas de propiedad sobre las empresas hasta ahora privadas.

La idea protoliberal de la producción mediante cooperativas aparece perfectamente indicada sobre todo en el campo de la pequeña y la mediana empresa. Aquí no se requiere que la empresa se transforme precipitadamente en una sociedad de obreros. Bastaría con conceder a los trabajadores de estas cooperativas (que también aportarían una parte de las inversiones) una participación en la empresa, que de este modo podría ampliarse cada vez más. El empresario sólo podría conservar durante un tiempo –más o menos largo- la mayoría o al menos una minoría con capacidad de bloqueo.

Similares posibilidades se darían respecto de las sociedades de participación de los obreros en las grandes sociedades de capital. Para las empresas mayores sería también apropiada la forma de Fundación de utilidad pública como propietaria del capital, cuyos beneficios, públicamente registrados, podrían destinarse a fines asimismo de utilidad

pública, y en cuyos órganos podrían también estar presentes los representantes de los obreros de la empresa. En estas fundaciones existen algunas ideas satisfactorias, pero también ciertos abusos, que llevan a las “fundaciones familiares”, cuyo fin de utilidad pública consiste en apoyar a los miembros “pobres” de la familia empresarial.

Podrían crearse asimismo especiales incentivos de tipo fiscal para que las ganancias de las fundaciones fueran encauzadas hacia un determinado fondo nacional, en todo o en parte, que podría servir para financiar las grandes inversiones del futuro (enseñanza, sanidad, transporte, ayuda al desarrollo, eliminación de la contaminación ambiental, etc.).

El Estado podría impulsar la totalidad del desarrollo económico sin necesidad de recurrir ni a una sola expropiación. La palanca decisiva es el derecho fiscal. Podrían impulsarse de forma eficaz nuevos tipos de participación y nuevas fundaciones realmente útiles al bien común a través de la orientación fiscal, campo el que sería necesario modernizar el derecho de las cooperativas y el de las fundaciones, así como acentuar la vigilancia sobre estas últimas. El derecho sobre sucesión de bienes debería situar al testado –aparte una adecuada parte de libre disposición en favor de los herederos personales- en la alternativa de tener que elegir entre unos impuestos sucesorios extremadamente elevados, una fundación libre de impuestos o una sociedad o cooperativa de trabajadores, con impuestos reducidos. Deben eliminarse las posibles maniobras encubiertas de traspasos de propiedad, como por ejemplo las donaciones intervivos.

Lo que se pretende no es eliminar la propiedad privada, sino multiplicar radicalmente, en un proceso que deberá prolongarse durante varias generaciones, el número de pequeños propietarios a expensas de los pocos grandes propietarios. Esto significaría disminuir los impuestos sucesorios hasta un índice de algunos cientos de miles de marcos, en beneficio de la vivienda o del piso propio, de los pequeños negocios familiares, de las participaciones en cooperativas y asociaciones, etc., en contra de la praxis actual de dejar las cosas como están en las zonas medias elevar los impuestos progresivos sólo cuando se trata de enormes fortunas. (Un plan similar a este esbozo ha sido propuesto por el primer ministro de Hesse, Albert Osswald.) La dificultad estriba en un cierto bloqueo de la conciencia de las masas que, en cuanto poseen un jardín como un pañuelo, se sienten solidarios de los multimillonarios a la hora de rechazar cualquier ataque contra “la propiedad y el derecho sucesorio”.

El capitalismo tiene que elegir entre concentrarse y “feudalizarse” cada vez más hasta que un día sea barrido, o bien buscar nuevos caminos hacia una auténtica expansión de la propiedad. Seguirá actuando también en el futuro, sobre todo en el ámbito de los bienes de consumo, como intermediario de la demanda en el mercado, pero deben aprontarse cada vez más amplias reservas de capital para las grandes inversiones públicas que exigirán inexorablemente los tiempos venideros. Nos enfrentaremos cada vez con mayor frecuencia con el problema de si es sensato producir todo cuanto es técnicamente factible, todo cuanto parece adecuado al mercado y de fácil venta. Podemos ilustrar la idea con un ejemplo que puede sonar a estúpido. ¿qué es más sensato para una economía nacional, invertir miles de millones para que un pequeño grupo de personas pueda viajar en el futuro desde Francfort a Nueva York ahorrando un par de horas en el viaje, o retrasar un poco este proyecto y acometer primero la tares del tráfico masivo en las zonas de densas aglomeraciones urbanas? ¿Era el rápido desarrollo de la televisión en color más urgente que la eliminación de la contaminación de la atmósfera y el agua? Son cada vez más numerosas las cosas que la técnica es capaz de producir, pero la economía impone prioridades, que son aún más importantes en el capítulo de las grandes inversiones. Y la decisión apenas si

puede encomendarse a gentes privadas, cuya legitimación está condicionada por el azar de la magnitud de sus propiedades o por el proceso hereditario.

El problema de la propiedad privada puede ilustrarse también con el ejemplo de la tierra y el suelo. Los hombres son cada vez más numerosos, mientras que la oferta del suelo se mantiene en niveles constantes. En términos relativos es, incluso, más escasa. La oportunidad de conseguir un terreno disminuye día a día para una número creciente de personas. Esta evolución empuja sencillamente a una común utilización económica del suelo y también, al menos, a un derecho del suelo más moderno, en el que se acentúan con mayor énfasis las posibilidades de intervención de las autoridades. También aquí, la libertad del mayor número obliga, según el punto de vista liberal, a una limitación de la libertad de pequeños grupos privilegiados.

La vieja tesis liberal “la propiedad hace libre” es válida, en la sociedad de masas, sólo para una minoría y sólo en un sentido restringido es verdadera. Indudablemente, la propiedad personal es un elemento de la libertad, de la libertad de decisión y configuración. Pero la propiedad también puede esclavizar. Esto es aplicable sobre todo cuando se aceptan pesadas cargas y renunciadas para conseguirla, o cuando existe una vinculación a bienes inmuebles que impide a algunas personas de edad laboral explotar plenamente sus posibilidades en el mercado del trabajo.

En la sociedad liberal del futuro se dará una más fuerte yuxtaposición de las distintas formas de propiedad. Empresas públicas, empresas privadas, fundaciones, cooperativas de trabajadores y pequeñas empresas familiares competirán y cooperarán entre sí. El Estado aumentará su función equilibradora al recurrir cada vez más a los grandes ingresos y fortunas para aumentar las prestaciones sociales, iguales para todos. Los límites de esta política, puesta en práctica por ejemplo en Suecia, se sitúan allí donde la plusvalía está sujeta a excesivas cargas y se extinguen los incentivos para el crecimiento económico. No se trata aquí de decisiones dogmáticas.

Nos hallamos en camino hacia una gigantesca sociedad de asalariados. Se nivelarán las diferencias entre obreros, funcionarios y empleados. Las personas no sólo formarán sino también realmente independientes serán una pequeña minoría. Muchos de los que ostentan la clasificación jurídica de independientes (como proveedores, distribuidores, consejeros) dependen en realidad de las grandes concentraciones del poder económico mucho más que algunos formalmente dependientes, pero situados en posiciones destacadas. El viejo sueño liberal del hombre creador que en su vida laboral puede amasar el capital necesario para vivir de él en los días de necesidad y en la vejez es, para la inmensa mayoría pura farsa. Por eso es tanto más importante la seguridad para todos cuantos viven de su trabajo. La mayoría de las personas dignas de lastima (y totalmente esclavizadas) obligadas a vivir de la previsión social, no son precisamente antiguos obreros y empleados, sino personas que fueron dependientes, que buscaron en su propia empresa el viejo ideal liberal del hombre libre.

La exigencia jurídica de seguridad social es, en realidad, el más importante título de propiedad en la sociedad industrial de masas. No es verdaderamente libre el que soporta por sí mismo todos los riesgos de la vida (para convertirse, al final, y con frecuencia sin suficiente título jurídico, en una carga para la sociedad), sino aquel a quien se le ha quitado el temor ante una necesidad inmerecida, ante unos riesgos incalculables y ante la vejez. La liberación de la angustia existencial, hasta donde es humanamente posible, constituye una de las más decisivas tareas de la sociedad de masas. En consecuencia, uno de los propósitos liberales es que las pensiones del Estado alcancen a dar a todos una seguridad fundamental.

La moderna sociedad, altamente tecnificada, impone de continuo nuevas presiones de adaptación. Sólo se ve libre de ellas, al menos en parte, el grupo sumamente reducido de personas que pueden vivir con holgura de sus propios bienes (y los pertenecientes al último peldaño social, que vegetan en cierto modo al margen de la sociedad). La capa superior de los propietarios disfruta en esta sociedad de privilegios especiales. Si se despojara a estas personas de sus bienes, para distribuirlos entre todos los favorecidos por la distribución no serían ni más ricos ni más independientes. Es, por tanto, bastante insensato repartir las propiedades actuales, pero tiene en cambio importancia decisiva controlar la concentración de bienes y distribuir de nuevo la *plusvalía* de las fortunas. Tal vez a la sociedad trabajadora le resulta divertido conservar algunos ricos desocupados, como bellos e inútiles perros falderos. Las familias de los multimillonarios, al igual que las estrellas de cine o televisión, desempeñan, como protagonistas de las noticias sensacionalistas o de las revistas del corazón, una importante función de psicología de masas, convenientemente celebrada por la sociedad.

La inmensa mayoría de los hombres se ven sometidos a las presiones de adaptación y el mundo laboral industrial. Están, por consiguiente, vivamente interesados en una objetación de las relaciones de poder en las empresas y en una limpia legitimación del poder económico. La gran conquista liberal del pasado siglo fue el establecimiento y consolidación de los derechos cívicos frente al Estado. Fortalecer estos derechos cívicos en el pueblo de trabajo es la misión liberal del siglo XX (y el XXI).

No hay libertad sin orden. El ejercicio desconsiderado de la libertad de las fuertes individualidades a costa de los individuos más débiles lleva naturalmente, a la larga, a la esclavitud de los desvalidos. Por esta razón, ni el más liberal de los Estados puede mantenerse sin leyes, tribunales y administración. En el ejemplo del tráfico rodado puede verse bien fácilmente a qué extremos conduciría un uso desconsiderado de la libertad, sin reglas y sin control de comportamiento. Por eso, en definitiva, la anarquía es antiliberal. Favorece, a fin de cuentas, solamente a los más fuertes.

Con todo, la democracia proporciona un sistema de legitimación y controles de esta inevitable subordinación dentro del Estado y de las comunidades. Aun así este ciudadano estatal, que elige a sus órganos legislativos y puede ejercer un cierto influjo de la información de su gobierno, y que participa, mediante un sistema de información y discusión abierta, en el control de sus autoridades, vuelve a caer, como ciudadano económico, en la condición de súbdito. Ciertamente en este campo tiene algunos derechos mínimos, pero se halla a merced de una jerarquía empresarial que no ha elegido y que tampoco puede controlar.

Esta es la contradicción que intenta mitigar las diferentes propuestas y medidas encaminadas a la congestión pero el liberal debe mantenerse alerta para que esta congestión no sea usurpada por las grandes organizaciones y lleve, en definitiva, a un desplazamiento del poder elitista, mientras que el asalariado sigue estando bajo tutela. El liberal debe esforzarse por descubrir mejores soluciones. Con todo, no existe ningún argumento liberal que rechace todo tipo de congestión. Conjugado el máximo de libertad posible del ciudadano depende del salario con la máxima medida posible de eficacia económica constituye una de las tareas básicas del pensamiento liberal.

La búsqueda de una "tercera vía" entre el capitalismo y el socialismo es considerada por los capitalistas como descaminada y por los comunistas como criminal. Pero esto no exime a los liberales de la obligación de intentarla. Sólo los interesados y los ignorantes pueden permitirse afirmar que son en principio inconciliables la máxima igualdad posible y

la justicia social con la máxima libertad posible y la capacidad de rendimiento económico. por supuesto siempre uno de estos dos componentes se impondrá un poco a costa del otro. Pero, en realidad, casi todos los problemas de la moderna sociedad son problemas de ponderación y equilibrio de valores, caso por caso y según las diversas épocas.

El problema con que se enfrentan las sociedades occidentales no es *si* debe emprenderse el camino hacia una mayor igualdad, sino *cómo* poder recogerlo sin renunciar a la libertad y con el mínimo de pérdidas por frotamiento. Una igualdad pagada al precio de un retroceso del desarrollo económico sirve de muy poca ayuda, incluso a los que son más iguales. El tema de este concurso es el equilibrio social unido a un constante crecimiento económico.

## V

---

### El fracaso del socialismo

La experiencia de los sistemas en los que se ha implantado el socialismo enseña que el dogma de que la modificación de la situación del hombre explotado se consigue sólo y simplemente mediante la modificación de las relaciones de propiedad no responde a los hechos reales. Para juzgar el valor o el desvalor de un determinado orden social los criterios decisivos no son las relaciones de producción teóricas, sino las concretas. La única norma valorativa es la situación real de la gran masa de los trabajadores.

El resultado de la investigación de los sistemas marxistas, hecha con criterios marxistas, está muy lejos de ser halagüeño. Se advierte que la alineación del hombre en el trabajo no es el resultado de unas relaciones de propiedad, sino el resultado de la sociedad industrial altamente evolucionada, con independencia de las estructuras de propiedad. Las ciencias naturales y la técnica determinan la situación concreta del hombre trabajador de forma angustiosamente análoga en el Este y en el Oeste. Para el obrero que trabaja ante la cinta de producción o que controla los aparatos automáticos, la monotonía de su actividad y la total ignorancia de su función en el proceso total de la producción entrañan el peligro de frustraciones y neurosis y de las consiguientes enfermedades “reales”; aquí las relaciones de propiedad tienen menos importancia que el grado de desarrollo de la técnica de producción.

Para el obrero ante el banco del taller, ante los patines, en la oficina o laboratorio, es hasta cierto punto irrelevante que el centro en que trabaja pertenezca a un grupo de accionistas o a él mismo, en cuanto que el centro está socializado. Lo esencial para él es que pueda obtener por su rendimiento una sustancia contrapartida bajo la forma de salarios, tiempo libre, vacaciones y seguridad social, que las relaciones dentro de la empresa sean humanas o insostenibles, que exista una pura y simple relación de subordinación o un elevado grado de coacción en su puesto laboral y, en fin, que los “mandos” sean colegiados o autoritarios. Esto no justifica, por su puesto, las concentraciones de la propiedad del capitalismo ni menos aún la creciente desigualdad que este sistema comporta. Indica sólo que la alternativa a la ilimitada propiedad privada sobre los medios de producción no puede consistir en traspasar esta propiedad al Estado, sino en la auténtica coacción de los trabajadores, hasta llegar al modo de producción cooperativista.

La presión de adaptación a que se ven sujetos los hombres en la sociedad industrial de masas no es el modo alguno menor en las sociedades socialistas que en las capitalistas. Es, incluso, más directa, mientras que en las sociedades occidentales actúa por medios indirectos y queda en cierto modo por un espeso y universal problema de encauzamientos y desviaciones. El sueño de vivir una vida en dignidad, independencia y autorrealización no se pone al alcance de la mayoría de los hombres sólo porque se modifiquen las relaciones de propiedad sobre los medios de producción. La problemática de la libertad en la sociedad

de masas es mucho más profunda y complicada y no puede resolverse de un solo golpe, la fórmula mágica de la socialización de los medios de producción.

El socialismo establecido no aporta nada esencialmente mejor frente al sistema de las dependencias económicas. El entramado de dependencias en que se ve envuelto el hombre concreto parece, incluso, en el socialismo, más duro y monopolítico. Y se hace aún más insoportable por el hecho de que la crítica literaria y publicista y las posibilidades de organización de los hombres o de los grupos que se apartan de las teorías oficiales o de la clase dominante tropiezan con unos estrechos límites. El hombre, tan dependiente ahora como antes, tiene que soportar la burla adicional de que en el sistema socialista se le quiere convencer de que está efectivamente, liberado.

El medio de dominio más eficaz del capitalismo, a saber, la oculta pero constantemente presente amenaza de perder la posición profesional conseguida e incluso, lisa y llanamente, su puesto de trabajo, no sólo no ha desaparecido el socialismo, sino que incluso se ha acentuado. A través de la centralización y monopolización del mercado laboral bajo la forma del omnipotente Estado-empresario, se ha acentuado la posibilidad de la manipulación de su existencia profesional mucho más aún que en los dispersos mercados laborales del capitalismo, donde siempre existen, de todas formas, posibilidades de cambio y refugios donde poder esquivas hasta al más poderoso empresario. La competencia impide que a un individuo –sobre todo si es activo y eficaz- se le cierran todos los puestos de trabajo.

En el socialismo establecido todos los hombres son iguales..., pero algunos son “más iguales”, como ocurre en cualquier otra sociedad. Tener casa en el campo y piso en la ciudad, disponer de un automóvil con chofer, gozar de pocos privilegios de propiedad, pero de muchos de usufructo y utilización, son cosas con las que cuenta sólo una capa reducida, con peldaños de acceso bien marcados. Las consultas particulares del médico a favor de los ricos han sido sustituidas por clínicas especiales (y hasta por farmacias especiales) en beneficio de los altos funcionarios, los restaurantes reservados a la crema de la sociedad por residencias y clubes para los privilegiados, los hoteles de vacaciones de cinco estrellas de los ricos por un “sanatorio” especial para los miembros del Comité Central o del club de la Intelligentsia. También allá, como acá, existen capas dominantes, con su “numerus clausus”, que no han sido eliminadas, sino sólo modificadas. El acceso a esta capa no está condicionado por la cuantía de la fortuna, sino por la carrera, valorada según otros criterios. Pero las cualidades exigidas para el ascenso se parecen mucho a las prevalentes en el mundo capitalista. A pesar de la gran igualdad de la formación, las posibilidades de ascenso del hijo de un mariscal de la Unión Soviética se mantienen, respecto de las que pueda tener el hijo de un campesino de los koljoses de Kazastán, a la misma distancia que las que se dan entre el hijo de un director general de la región renana y el hijo de un pequeño campesino de los bosques bávaros.

El desnivel cultural, social y de civilización entre la ciudad y el campo es en los Estados del socialismo establecido más bien mayor que menor respecto de Occidente. El amplio progreso técnico contribuye a su nivelación mucho más eficazmente que la modificación de las relaciones de propiedad. Algunos bienes estatales modélicos y algunas koljoses que funcionan con excepcional eficacia no modifican en nada la situación real de que la agricultura de los países occidentales con similar grado de retroceso estructural y bajo unas similares condiciones climáticas produce mucho más, por hectárea cultivada, que la soviética. La constante preocupación por la cosecha en los gigantescos países agrarios del Este, la constante movilización de numerosas brigadas de vacaciones desde las ciudades

para poder salvar estas cosechas, equivale a una declaración de bancarrota de la política agraria socialista que, en su planteamiento teórico, parece ser mucho más moderna y razonable que la occidental, pero que en la práctica es un fracaso.

Pero las miserias del socialismo establecido se sitúan básicamente en el hecho de que ni los hombres son manipulables a capricho, ni las conciencias pueden modificarse a corto plazo. Tampoco el socialismo ha podido solucionar el problema común a todas las grandes teorías por desarrollar magníficos esquemas mentales que al ser trasladados al terreno de la realidad, experimentan tan múltiples modificaciones que, al cabo de unos pocos decenios de implantados, apenas si se les puede reconocer. Y tampoco nos llevaría a la meta el cómodo subterfugio de, en vez de construir una teoría adecuada al hombre, crear un hombre adecuado a la teoría. Los modelos cortados a la medida del hombre tienen siempre mejores resultados que los hombres cortados según un patrón ya establecido.

Indudablemente, estas reflexiones sobre el fracaso actual del socialismo serán muy bien recibidas y explotadas por sus adversarios capitalistas. Pero lo cierto es que la crítica marxista a las relaciones sociales del mundo capitalista no ha perdido ni un ápice de su justificación sólo porque el opuesto modelo marxista no haya dado hasta ahora resultados satisfactorios. Existen numerosas causas, sobre todo de tipo histórico y psicológico, que explican el fracaso del socialismo establecido y que permiten comprobar que el anhelo de una sociedad realmente libre y socialmente equilibrada no es ya de antemano una tarea insensata, sino que encierra en sí serias e importantes enseñanzas. (Constatemos aquí, en primer término, que las usuales declaraciones de los ideólogos marxistas establecidos, según las cuales las insuficiencias son sólo extrínsecas y se deben al ímpetu expansionista del sistema capitalista mundial y a la presión al rendimiento que impone, sólo pueden ser admitidas con muchos distingos.)

La lección que se desprende es que las excelsas teorías elevadas a la categoría de dogma fracasan forzosamente al ser aplicadas a los hombres y que la medida del éxito de una modificación social más razonable y eficaz está en su aplicación gradual, punto en el que cada paso y cada peldaño debe ser constantemente confrontado por la praxis a que da lugar, de suerte que sólo es lícito avanzar el siguiente paso tras haber valorado previamente, sin anteojeras ideológicas, las repercusiones prácticas de los pasos anteriores. Todo nuevo peldaño debe valorarse a través de una discusión totalmente abierta y libre, e incluso controvertida. Para los liberales, el único criterio es el grado de libertad alcanzado en beneficio del mayor número posible de hombres.



## VI

---

### Preguntas abiertas a la sociedad

Muchos de los partidarios de movimiento de protesta de la izquierda radical son liberales desengañados, estafados o inhibidos. Así se explica que este movimiento se iniciara en América como acción en defensa de los derechos cívicos y en Europa como movimiento antiautoritario. Ambas posiciones responden al más puro clasicismo liberal. La incompreensión de las autoridades establecidas, la defensa, con uñas y dientes, de privilegios excesivos, la impaciencia de los protestatarios, generalmente jóvenes, su aparente ineficacia, el latido romántico y la tendencia a la moralización, la depravación de pragmática y táctica, todo esto y mucho más ha llevado a los cuadros del movimiento a instalarse en posiciones diametralmente opuestas, de tipo dogmático y autoritario. Lo que se inició como un movimiento de emancipación, dotado de eficacia, corre peligro de convertirse en revolucionarismo sustentados del sistema.

A pesar de todo, la sociedad debe al movimiento de protesta importantes iniciativas. Ha presentado bajo una nueva aguda forma el viejo problema de teoría y praxis. Esta atormentadora pregunta sobre la armonización de objetivo y realidad, sobre circunstancias dadas y circunstancias reales, sobre intereses propios y conciencia actual, no desaparecerá tan fácilmente del orden del día de las discusiones públicas. Tendrán que enfrentarse con ella también aquellos que creen haber arrendado el progreso y que pueden todavía esquivar la pregunta, dentro de su zona de influencia, recurriendo a los métodos clásicos del poder conservador del orden.

El movimiento de protesta ha hecho comprender que no bastan las garantías formales de libertad si, a través de la costumbre, el convenio o incluso la ciencia, se consolidan las periclitadas actitudes de conciencia, que impiden a la gran mayoría hacer uso real de los derechos y las libertades que tienen formalmente garantizados. El movimiento ha desbordado el círculo de la autosatisfacción, que cierra el paso a las experiencias críticas e impide que se transformen en acciones. Sólo a través de la protesta ha visto claramente una amplia capa de la población que en nuestra magnífica democracia parlamentaria se han injertado numerosas estructuras autoritarias del orden antiguo, que bajo la capa de la libertad formal, siguen teniendo vida exhuberante. Se sacó entonces a colación y se transformó en praxis protestataria lo que la crítica liberal había elaborado desde mucho tiempo atrás en sabios tratados y penetrantes consideraciones. Y surgieron entonces a un primer plano tres importantes preguntas:

- ¿Es la presión de adaptación de la moderna sociedad capitalista del rendimiento tan poderosa que la tolerancia y la libertad de pensamiento no tienen ya funciones modificadoras, sino sólo terapéuticas?
- ¿Carecen secciones enteras de las ciencias de la capacidad necesaria para someter a crítica el sistema establecido, porque, consciente o inconscientemente, la totalidad de su

aparato conceptual está orientado a la conservación de las actuales estructuras de propiedad y poder?

- ¿Se ha adormecido hasta tal punto la sociedad que ya sólo las violaciones sensoriales de las reglas despiertan la atención capaz de provocar el cambio?

Son preguntas que un hombre liberal no puede rehuir. Afectan al núcleo mismo de su existencia espiritual y política.

Si la libertad sólo hubiera de servir para hacer soportable la presión de unas estructuras de dominio inmodificables, si la tolerancia entre los desiguales no tiene otra utilidad que la de beneficiar a los más fuertes y tranquilizar a los más débiles, entonces el ideal liberal no puede contentarse con la mera implantación de la libertad y la tolerancia. Pero esto no disminuye en nada aquellos valores, sino que empuja al esfuerzo por devolverles su plena capacidad de funcionamiento. No puede aducirse la restringida eficacia de la libertad y de la tolerancia para extraer la falsa conclusión de que sería mejor y más digna una vida en esclavitud e intolerancia. La libertad y la tolerancia no pierden su valor porque su uso masivo y su ejercicio razonable no hayan alcanzado aún la difusión suficiente. No son estos valores los que deben destruirse, sino los mecanismos que disminuyen su eficacia, limitan su difusión y minimizan sus ventajas.

Tienen toda su razón de ser las preguntas críticas a la ciencia. Sobre todo en las ciencias jurídicas y económicas, pero también en otras muchas disciplinas, se han ido aclimatando dispositivos conceptuales, sistemas de valores y actitudes de conciencia que declaran con excesiva rapidez acientíficas, inadecuadas o impertinentes las preguntas críticas hechas al sistema. Los científicos se han habituado con frecuencia tan férreamente a los esquemas en vigor que ya no advierten su limitación intelectual: la muy difundida incapacidad de ver, más allá de los límites de la propia especialidad, la totalidad del entramado social, la “idiotez de especialista”, fomenta este aprisionamiento en el sistema de amplios sectores de la ciencia. La situación clasista de los catedráticos privilegiados crea el campo abonado en el que prospera esta conciencia.

Ahora bien, el movimiento de protesta no puede desembocar en la situación de esta ceguera de sistema por una nueva arrogancia, no menos degenerada. No hay ventaja alguna en que las escuelas dominantes sean suplantadas por representantes dogmáticos de una nueva doctrina salvífica que, con igual intolerancia, se dedican a proclamar sus “verdades eternas”. La ventaja está en que nos habituemos a la yuxtaposición y cooperación de diferentes escuelas.

La tercera pregunta, la relativa a la eficacia de los métodos, sólo puede ser respondida con la teoría liberal de la relación entre medios y fines. La resistencia a una dictadura totalitaria permite y hasta impone la utilización de unos medios que se diferencian de los empleados en la lucha contra un orden estamental conservador y autoritario moderado o el enfrentamiento dentro de una democracia parlamentaria. El problema consiste en elaborar los métodos de oposición específicos de cada sociedad. Los métodos inadecuados no hacen sino consolidar las fuerzas dominantes, que obtienen así un plus de convicción, porque so capa de repudio de los métodos utilizados, pueden también barrer los objetivos de la oposición. En una sociedad (relativamente) libre es cuestión de inteligencia que las minorías que se sienten infraprivilegiadas acierten a desarrollar métodos de protesta que despierten la necesaria atención, sin violar de continuo el derecho vigente.

## VII

---

### **La contrarrevolución de la izquierda**

El liberalismo debe mucho a la joven izquierda. El enfrentamiento con sus tesis y teorías ha proporcionado al movimiento liberal un impulso definitivo, le ha obligado a repensar su ideología de la propiedad y a volver, salvando en período de su fosilización histórica del siglo XIX, a sus raíces primigenias. Dentro de las fuerzas liberales, fueron adquiriendo poco a poco el predominio los grupos que tenían a la vista el bienestar de la sociedad en su conjunto, frente a los defensores de intereses propietarios estrictamente limitados.

Con todo, un antiliberalismo sin base racional que, desde el punto de vista psicológico puede muy bien explicarse desde el tradicional esquema del conflicto padre-hijo, llevó a la joven izquierda en parte y por algún tiempo a un falso frente. La lucha contra los “gallinas liberales” fue más enconada que la lucha contra los conservadores a ultranza y los archirreaccionarios.

El antiliberalismo de los jóvenes protestatarios tiene en Alemania una lamentable historia. Incluso las asociaciones estudiantiles combatieron, en su época de esplendor, el espíritu de la Ilustración. Aquí se encuentra sin duda la otra raíz, la histórica, de la notable mentalidad y comportamiento de la joven izquierda. Uno de los rasgos esenciales del romanticismo fue desde siempre su tendencia a lo imaginativo, su intento por encubrir bajo el techo de la universalidad todas las contradicciones.

También en la primera mitad del pasado siglo se pronunciaron los jóvenes contra el liberalismo ilustrado occidental y contra el encallado “establishmen” de su mundo. Estos jóvenes proclamaban la libertad y el poder para el pueblo. Pero muy pocas veces presentaron demandas concretas y alcanzables, ni fijaron claramente y en fórmulas precisas sus intenciones ni jamás concretaron alianzas con otras clases o capas sociales. Sus objetivos se desvanecieron en un espacio irreal.

Con todo, sería poco honesto identificar sin más a la actual generación con los tumultuosos estudiantes de la revolución de 1848. Muy al contrario, la joven izquierda quiere eliminar el espeso vapor espiritual pequeñoburgués que, desde aquel tiempo, humea en las cabezas de la burguesía. No obstante, la tradición romántica es evidentemente tan fuerte que engaña a sus enemigos de la izquierda, hasta el punto de hacerles sucumbir al romanticismo, sin que ellos mismos lo adviertan. Al igual que entonces, también ahora el pensamiento de los jóvenes protestatarios se mueve casi exclusivamente en el ámbito de los sentimientos y de la moral. Esto es, por supuesto, muy honroso, pero también muy peligroso, si este compromiso no queda asegurado mediante un sobrio pragmatismo. Se abre un foso entre el espíritu y la realidad y falta la vinculación última con los hechos. Es cierto que, contrariamente a la tradición romántica, la joven izquierda de hoy quiere recurrir

a la razón como medio social, pero esta razón incluye también en sí la idea de que sin sentido realista, sin compromisos, sin una cierta automoderación y sin mucho tiempo por delante, no se consigue nada.

Esta desmesura ideal ha hecho que a veces la joven izquierda adopte que, desde el punto de vista objetivo, es autoritaria. Ha contribuido además a pervertir los compromisos y a despreciar los valores liberales fundamentales, a mofarse de la tolerancia y a burlarse del juego limpio. El partidismo radical, el error de que el fin justifica los medios, la impaciencia patológica contra los que piensan de otra manera tiene, sobre todo en Alemania, una larga y triste tradición. En esta actitud básica se apoyan, ahora igual que antes, las fuerzas autoritarias y reaccionarias. “La rija manzana no cae lejos del oscuro tronco” (Hildegard Hamm-Brücher). Aquel que contribuye a aumentar el déficit del liberalismo clásico y su carencia de humanismo práctico se halla muchas veces en sintonía con las corrientes espirituales y políticas que llevaron a este país a la implantación del nacionalsocialismo. Quien destruye el débil capullo de la naciente conciencia jurídica, el humanismo que apunta acá y acullá, el sentimiento de la necesidad de discutir y dirimir los enfrentamientos sociales según unas limpias reglas de juego y otras conquistas de una (concedamos que relativa) liberación y una (concedamos que débil) democratización consolida las fuerzas autoritarias que están vivamente interesadas en su aniquilación. Lo que los liberales consiguieron poco a poco y con un penoso esfuerzo de formación de las conciencias, lo que no responde sin más a la tradición y es saludado por las fuerzas dominantes con profunda desconfianza y repudio, todo esto puede muy fácilmente volver a ser destruido de raíz. Y entonces la reconstrucción será aún más difícil.

La desgracia se inició con los fáciles discursos sobre la revolución. Llevar a cabo una revolución presupone la existencia de una situación revolucionaria. Y ésta sólo se da cuando las autoridades instaladas en el poder se han hecho ya insostenibles, cuando el sistema dominante es incapaz o se niega a implantar por sí mismo las reformas necesarias, cuando el espíritu del tiempo sintoniza a los cuadros revolucionarios con las masas oprimidas, cuando la minoría dominante sólo puede mantenerse gracias a la concentración de una gran violencia ejercida desde el poder y la autoridad tradicional sucumbe, bien bajo los golpes de intervenciones exteriores (por ejemplo por derrotas con potencias extranjeras en guerra) o bien por dificultades interiores (por ejemplo, crisis económica). En esta situación, existe la posibilidad de que el poder sea “ilegalmente” conquistado por fuerzas revolucionarias dotadas de gran osadía. Los revolucionarios fracasados acaban sus días, tal como enseña la historia, en el cadalso, ante el pelotón de ejecución o en cárcel. Las tentativas revolucionarias sin situación revolucionaria y sin una voluntad decidida hasta el extremo al compromiso y el sacrificio, no hacen sino consolidar, acentuar la posición de las fuerzas conservadoras y autoritarias. Les permite agitar el fantasma del terror, que se les ha proporcionado por así decirlo gratis, de que necesitaban para ganar más amplia audiencia para su llamada “a la ley y el orden” y para crear una base de masas en favor de su dominio autoritario.

Una teoría crítica que presenta todos los males como resultado del sistema social inmutable actúa como escudo protector de las clases dominantes. Empuja inexorablemente a la fuga de la realidad (que parece insostenible) para refugiarse en el opio que, al final, priva de toda capacidad de crítica y acción. Impide que las capas dirigentes acometan las reformas concretas que le resultan dolorosas, porque dicha teoría las declara ya de antemano ineficaces e irrealizables. Como en otro tiempo consolaba la religión a los

oprimidos con la promesa del paraíso en el reino de los cielos, también hoy se dan largas al potencial crítico, con la promesa de un día D de cambio total del sistema.

A esto se añade que los autodenominados revolucionarios han atraído sobre sí la desconfianza de una amplia masa crítica de sus seguidores debido al silencio que guardan sobre sus objetivos últimos y sobre la forma concreta de sus utopías. La historia de las revoluciones enseña claramente que todas ellas han surgido de la lucha contra la esclavitud, las injusticias y la explotación, pero que han desembocado en estructuras de poder a las que, bajo divisas y lemas opuestos a los anteriores, se volvía a restablecer la esclavitud y la opresión. La fase revolucionaria intermedia o bien llega a su término a través de un ejecutor autoritario de la revolución, o bien se petrifica en un nuevo conservadurismo.

Es casi conmovedor que la Unión Soviética, que llevó a cabo su gran revolución de octubre hace ya más de medio siglo, se siga entendiendo como país revolucionario y que elimine como contrarrevolucionaria, igual que ocurría en tiempos anteriores, la crítica auténticamente revolucionaria que se hace a su estancada situación. Como si la crítica al sistema soviético no tuviese otra meta que la restauración de la situación capitalista y no, tal vez, el intento de realización de auténticos ideales socialistas. Es una de las paradojas de la historia que los marxistas instalados en el poder sean incapaces de analizar su propio sistema desde los presupuestos del marxismo.

Los seguidores del movimiento protestatario no han comprendido que no se pasará a su campo, con armas y bagajes, ningún liberal si antes no se le ofrecen garantías de que de este movimiento no surgirá un orden de la sociedad en el que ya no esté permitido protestar. Quien predica el sistema de los consejos debe antes enfrentarse con los intentos históricos que ya se han llevado a cabo por establecer este sistema, debe analizar las causas de su fracaso y ofrecer garantías de que no degenerará ni en una total incapacidad de funcionamiento ni en un dominio totalitario.

Quien desee un sistema socialista no debe descuidar el análisis de los intentos de implantación de modelos socialistas acometidos hasta ahora, la investigación de su grado de represión y de sus prácticas manipuladoras, de su eficacia y de su estructura social real, de sus conquistas, de sus logros y de sus servidumbres.

Quien somete a la sociedad a una crítica radical, no puede permitirse el lujo de rehuir la crítica a su propio movimiento, a su trasfondo social, a su estructura, a sus caminos de decisiones y a sus presiones. La transformación totalitaria de un movimiento se indica en el momento en que se niega a admitir la crítica procedente del exterior. La frase según la cual sólo los socialistas pueden criticar a los socialistas tiene el mismo exacto grado de estupidez que la tesis de que sólo los capitalistas pueden criticar al capitalismo.

El intento de mantener a un movimiento, a su ideología y a sus métodos prácticos alejados de la crítica pública llevaría a una “idiotez de especialistas” de tipo seudorrevolucionario. En ocasiones surge la impresión de que los hijos y las hijas de las “familias bien”, que constituyen de hecho el núcleo del movimiento de izquierdas, quieren transformar los privilegios de su clase, sólo que transplantados a un nuevo orden social. Acostumbrados a no tener que someterse a las presiones de adaptación que padece el pueblo llano y a vivir en un ámbito en el que no existe el dominio, desearían volver a crear este espacio en la universidad. Lo que ya tenían en su calidad de privilegiados propietarios, debería continuarse ahora en una especie de privilegios de formación. Las clases trabajadoras deberían constituir el núcleo de los centros superiores, pero sin tener ningún influjo sobre los representantes por ellos elegidos. Es curioso comprobar cómo los catedráticos, los profesores auxiliares y los estudiantes forman un frente unido para la

conservación de privilegios ya periclitados de la universidad. La lucha contra las “reformas tecnocráticas” es muchas veces la lucha de los “ins” contra los “outs”. En vez de relativizar los privilegios de los catedráticos, lo que los profesores auxiliares intentan es que se les extiendan también a ellos. Intentan pertenecer, de por vida, a la casta de los intocables e incontrolables.

La cuestión no puede reducirse a ampliar un poco más los privilegios elitistas, sino que lo que se debe intentar es democratizar realmente las instituciones ya caducadas, racionalizarlas y dotarlas de mayor eficacia. Acercar más la ciencia a las realidades prácticas no puede significar su total subordinación a los objetivos de la producción capitalista, sino ponerla al servicio más eficaz de la sociedad.

La ciencia y la técnica han modificado y continúan modificando nuestra sociedad. Quien se opone a esta evolución adopta en realidad una posición contrarrevolucionaria, impulsa una especie de maquinismo intelectual radicalista. No puede desterrarse de la sociedad la influencia de la técnica, sino que se la debe controlar, humanizar y, donde pueda hacerse, se la debe relativizar. La huida de la sociedad del rendimiento a la gran negación, a la subcultura, es un fenómeno antipolítico. Por este camino no se esquivo el capitalismo. Este es demasiado elástico, difunde las nuevas modas en su beneficio, sigue produciendo los objetos deseados con los colores, formas y número de piezas deseados, sabe ganar dinero con la música *pop* y con las canciones de protesta. El capitalismo sólo puede transformarse con análisis exactos, con trabajo político disciplinado, con largas marchas a través de las instituciones y con la tenaz implantación de las reformas concretas. Al parecer son cada vez más numerosos los seguidores del movimiento protestatario que empiezan a comprenderlo así.

Esta empresa requiere largo aliento y una constante disposición de aprendizaje. Quien cree que lo sabe todo mejor, quien se jacta de estar en posesión de las verdaderas últimas y de tener ya una respuesta adecuada para todos los problemas que se vayan planteando, se reduce por sí mismo a la categoría de secta política. Ya el peculiar lenguaje sociológico (o, por mejor decir, el vocabulario especializado de una teología social) impide una repercusión dotada de suficiente amplitud.

La actual “dialéctica de las excusas” intentan, en el fondo, demostrar que no es culpa del lenguaje cifrado elitista el que no consiga llegar a todos los ámbitos sino de la perversa sociedad y de su sistema formativo. Como tampoco sería, según esto, la falta de fuerza de convicción y de capacidad expresiva de las nuevas teorías la causa de que no sean recibidas y aclamadas con entusiasmo por las masas, sino culpa única y exclusiva de las perversas manipulaciones de los fabricantes de la opinión pública, encarados en el poder. El fracaso se abstiene muy pocas veces de hacer responsable de su fracaso a los otros, o a las circunstancias superiores, a Dios o al universo, y sólo en último término a sí mismo. Como si una idea dotada de capacidad de movilización de masas que responde al espíritu del tiempo y es defendida por una vanguardia valerosa, capaz de sacrificios y convincentes, haya podido ser detenida ni una sola vez en el curso de la historia, porque no les gusta a los dominantes. De ser así, todavía nos hallaríamos en la Edad Media.

Ya se trate del lenguaje esotérico de los hombres de la medicina de las selvas africanas o del latín de nuestros médicos, del vocabulario de los teólogos o del lenguaje en párrafos de nuestros legistas, la jerga especializada muestra siempre un encapsulamiento elitista. Por lo demás, el lenguaje también pone al descubierto: quien no puede expresarse con claridad y precisión es porque piensa con entumecimiento. Todas las cosas son sumamente complicadas vistas desde la superficie, pero se tornan más simples cuando se

consigue llegar hasta su fondo último. Todos los grandes pensadores, desde Cristo a Mao, han utilizado el lenguaje sencillo. Pero, al parecer, pertenece a nuestra tradición científica hacer incomprensible un sencilla tesis, a la fuerza de largos rodeos y circunlocuciones, de innumerables palabras exóticas o extranjeras, con frases intrincadas y adiciones de innumerables citas superfluas. En este punto, la izquierda intelectual muestra ser digna heredera de la mejor tradición de la formación burguesa. En los folletines de los periódicos y las revistas las sentencias de Homero y de Goethe son suplantadas por las citas constantes de Adorno o de Marcuse.

Siguen en pie los exclusivismos.

Es bien cierto que nuestros jóvenes revolucionarios se pasean con emblemas de Mao y agitan el Libro Rojo, pero, por desgracia, se mantienen en un estadio muy retrasado en lo referente al estudio de las obras del maestro y de su praxis revolucionaria. Mao enviaba a los intelectuales –sobre todo a los de extracción burguesa- a pasar algunos años en el campo o en las fábricas. Debían aprender bien la mentalidad y los sentimientos de los obreros, debían considerarlos en el fondo como a sus maestros y compartir con ellos la presión del rendimiento, el polvo, el sudor, la suciedad, el ruido, las alergias, y la tristeza. Porque: “el marxismo no debe estudiarse en los libros, sino básicamente en la lucha de clases, en la praxis del trabajo y en la profunda compenetración con las masas de obreros y campesinos”. Los intelectuales no deben limitarse “a contemplar desde la altura de su caballo la florecilla que crece en tierra”, sino que durante algunos años deben “instalarse como en su propia casa” en el campo o en la fábrica. En cambio, entre nosotros están acometiendo la tarea de crear en su beneficio nuevos espacios de libertad, que escapan al control de las masas trabajadoras. Y, por supuesto, defienden con los más puros argumentos marxistas la creación de zonas de protección privilegiada para las capas elitistas.

## VIII

---

### Las fuentes de la riqueza

Los hijos y las hijas de la gente finas y acomodadas, cuyo lenguaje clasista constituye una especie de germanía de los sociólogos, han tenido que comprobar, con triste sorpresa que la masa de los trabajadores no ve en ellos a los defensores innatos de sus intereses. Y esto allí donde, en cuanto descendientes de una clase social que ha estado desde siempre acostumbrada a vivir bajo el privilegio de un elevado consumo, intentar liberar a los obreros esclavizados del terror del consumismo. Muy pocas veces se ha dado una tan crasa ignorancia del mundo de sentimientos y de la situación de intereses de la clase trabajadora.

Los pertenecientes a una clase cuyos bisabuelos conocieron todavía el trabajo de los niños y cuyos abuelos luchaban por la semana laboral de sesenta horas y que, en pago de su enorme esfuerzo no recibían ni un penique más de lo estrictamente necesario para la mera reproducción de su fuerza laboral, debían renunciar ahora a un elevado consumo y limitarse a la satisfacción de unas necesidades básicas fijadas de antemano. Por supuesto no todo cuanto se produce y es usado por el hombre es razonable. En otros tiempos, permitirse lujos inútiles era privilegio de los propietarios y ahora, cuando ya ha dejado de ser un privilegio total los nivelados descendientes de los antiguos privilegiados predicán mesura a las masas.

¿Qué significa hoy, en las economías domésticas de los trabajadores dotadas de mayor capacidad de comprar, renunciar al consumo inútil? ¿Renunciar al frigorífico, a la lavadora, a la cocina eléctrica? ¿A un piso nuevo, a una casita en serie, a una terraza, un mirador, un jardincillo? ¿A un utilitario, al televisor, al teléfono, a unas vacaciones Mallorca? ¡Qué arrogancia, la de estos catones de las costumbres! Claro está que la moda, con la ayuda de los jóvenes y celosos modificadores de la sociedad, discreta que es necesario un elevado nivel de materias textiles y, por supuesto, que se da una multitud de inútiles baratijas, de cosméticos de orgías de la industria de los discos. Es indudable que la publicidad exagera la importancia de los envases y de la decoración. Pero luchar contra esta evolución es luchar contra molinos de viento. La necesidad de los enteramente sojuzgados de recuperar el tiempo crece como un alud. Sólo una elevación general del nivel de vida volverá las aguas a su cauce y acentuará el sentido de la medida y el buen gusto. Los candidatos a posiciones que están programadas para un elevado consumo se ponen de acuerdo, al menos en este punto con los predicadores de la mesura de las masas.

Ahora bien: La economía no produce tan sólo barras de labios, mantas para perros y chucherías. Produce también hospitales, escuelas, medios de transporte, piscinas cubiertas y medicamentos de gran valor. En el futuro será necesario un desplazamiento del centro de gravedad en favor de los grandes bienes comunitarios y de las inversiones. Pero no sobre la base de una pobreza y de una uniformidad general, sino a remolque de un constante crecimiento económico.



La posibilidad del empleo alternativo del tiempo libre será cada vez mayor para un número creciente de personas. La rápida elevación de los ingresos, que incitan a decisiones y alternativas libres (que superan el nivel de satisfacción del mínimo existencial) beneficiará a un número cada vez más amplio de hombres. Aumentará también la movilidad horizontal de los cambios locales, así como la movilidad vertical del cambio y el ascenso profesional. Este desarrollo llevará al ulterior mantenimiento de la presión del rendimiento, pero es también probable que llegue a alcanzar una cota desde la que iniciara el descenso.

Lo dicho es válido respecto de los hombres insertos en los estados industrializados. Pero no lo es para los marginados de la sociedad del país más rico del mundo, y para las masas de los países subdesarrollados de estructuras feudalistas. Todos éstos se encuentran dentro de una situación radicalmente diferente. El error de los románticos de izquierda consiste en confundir la posición de clases de un indio de las minas de estaño de Bolivia o de un pequeño campesino asiático con los intereses de un obrero de Alemania Occidental o de un viticultor francés. Un cierto tipo de moderno romanticismo redentor espera que la salvación venga del tercer mundo. Cuanto más lejanas son las situaciones penosas más acusado es el compromiso.

También este compromiso, individualmente merecedor de respeto, en favor de las masas oprimidas de los lejanos países aumenta el foso entre la clase trabajadora del propio país cuyos intereses son contrapuestos y que tal vez contempla las cosas con alguna miopía. Acaso sea posible ir convenciendo a los hombres de la necesidad de la autolimitación y hasta de un retroceso, ante la disparidad existe a nivel mundial, pero esta tesis sólo será aceptada con resignación, no con entusiasmo.

Con independencia de esta circunstancia, no deja de ser cierto que los países industrializados altamente evolucionados deberán aportar enormes sumas para mitigar, al menos hasta cierto punto, los desequilibrios a nivel mundial. Por supuesto para ello es una producción y una productividad en constante aumento en los estados industrializados. Será, por tanto, necesario prolongar la sociedad del rendimiento, capaz de generar dicho crecimiento, debido a las tareas con que se enfrenta el desarrollo a escala planetaria, durante más tiempo de que hubiera exigido la creación de modernas infraestructuras para la satisfacción de las necesidades del propio país. Pero ocurre que son precisamente las fuerzas que deberían sentirse más vinculadas a los países subdesarrollados las que más protestan contra esta sociedad del rendimiento.

Los pecados del colonialismo, el saqueo de las materias primas llevado a cabo por grandes consorcios internacionales, la manipulación de los precios en el mercado mundial en favor de los importadores de materias primas, todo esto ha contraído su parte de responsabilidad en la situación que hoy atraviesan novedosos países desarrollados. Pero son mucho más decisivas las estructuras sociales existentes en estos países, el nivel de conciencia de las masas, los impedimentos de los tabúes religiosos. Resulta difícil explicar a un obrero europeo que tiene que reducir algo sus ingresos limpiamente ganados, en favor de los países en los que unos cuantos multimillonarios disfrutan tranquilamente de privilegios poco menos que ilimitados, que no se imponen la más mínima renuncia y que, además, sacan sus capitales de sus propios países –tan necesitados de ello- para ponerlos a buen recaudo de Norteamérica o de Suiza: capas dirigentes que consideran poco menos que como una ocurrencia tener que “descender” al nivel de las clases dirigentes europeas.

También es correcta sólo hasta cierto punto la tesis, asumida por los jóvenes intelectuales (sobre todo por los descendientes de las clases sproprietarias sudamericanas),

de que “el campo” es explotado por “la gran ciudad”. Es de todo punto seguro que todo el mundo se halló en otro tiempo en situación de no-desarrollo. Ni es menos cierto que algunas regiones se adelantaron a otras. Es igualmente verdad que el capitalismo se desarrolló en las grandes urbes que, en cierto modo, saquearon y expoliaron a las tierras de su entorno y las modificaron totalmente y que, en este proceso, la “riqueza” se trasladó de la periferia a los centros. (Por lo demás, también el capitalismo estatal soviético se registró en un proceso similar.) Pero se produce una falsa interpretación “mecanicista” –criticada precisamente por esta escuela– cuando se sitúa unilateralmente el peso en el proceso de explotación y se minusvalora el proceso de modificación. La riqueza no es algo estático, sino algo que debe ser producido día a día. Las materias primas carecen de valor si no se les elabora en orden a su utilización en las grandes instalaciones industriales. Las materias no utilizadas son capital muerto y, por otra parte, los progresos técnicos pueden llevar a una cada vez más amplia independencia respecto de las materias primas (la energía atómica desplaza al petróleo que, además, puede ser producido por medios artificiales, con grandes inversiones de capital –gasolina Leuna-, lo mismo que el caucho sintético –buna-, o las fibras artificiales que desplazan a las naturales, etc.). Por lo demás, en sus propias regiones el capitalismo no ha saqueado la “riqueza” del campo, sino la riqueza de la pequeña clase propietaria feudal, y ha destruido estructuras que merecieran conservarse, sino estructuras caducas e insostenibles.

Existen, por lo demás, procesos de emancipación del “campo”. Hasta no hace demasiado tiempo, Norteamérica era “periférica” que la metrópolis de Londres explotaba como colonia, para asegurarse el suministro de materias primas. Pero, con su propio esfuerzo, se liberó de aquella dependencia y explotación, se convirtió a su vez, en un tiempo relativamente breve, en metrópoli y sometió incluso a una cierta dependencia a la madre patria. Brasil habría podido muy bien convertirse en metrópoli y alcanzar un nivel social comparable, por ejemplo, al de la entonces colonia de Canadá, puesto que era un país de gran tamaño, poseía riquezas naturales y algunas partes de su territorio gozan de clima apropiado. Sólo le faltaba la adecuada organización. Se trata aquí, en muy buena parte, de un problema de mentalidad, de conciencia de las clases dirigentes, de concepción social.

Las fuentes de toda riqueza se llaman trabajo e inteligencia. Todos los países del globo fueron alguna vez países subdesarrollados. Hasta el momento actual, disponemos de tres ejemplos de naciones que han evolucionado desde el estadio de países agrarios al de sociedades industrializadas. Los tres nos enseñan que sin “movilización de millones de brazos”, sin trabajo y disciplina, nada se consigue.

El primer ejemplo es el del primitivo capitalismo occidental. Mediante la movilización del egoísmo, puso en práctica una explotación de las masas prolongada durante una, dos, tres generaciones de obreros. La renuncia al consumo, unida a un gran rendimiento en el trabajo, dio origen al capital, que fue el fundamento del desarrollo industrial. Fue un sistema de suprema eficacia y de injusticia suprema. A lo largo de una lucha prolongada durante decenios, el movimiento obrero fue conquistando una parte creciente en los ingresos y en el sistema de seguridad social. Precisamente en nuestros días se ha iniciado la segunda fase de la lucha por una justa distribución de los bienes.

El segundo ejemplo es el del capitalismo estatal soviético. También éste fue capaz de imponer grandes rendimientos laborales con enormes renunciaciones al consumo. Ejércitos de millones de trabajadores forzaron a crear, durante la etapa stalinista, el capital, aunque no fue a parar a las manos de una cuantas familias sino que, esencialmente, se convirtió en propiedad estatal. La clase administradora de funcionarios no obtuvo propiedades, pero sí

privilegios en los ingresos y en el usufructo de los bienes. Quedaron garantizadas las prestaciones comunitarias y una relativa seguridad social. Ahora ha comenzado la segunda fase, la lucha por una satisfactoria economía de consumo.

El tercer ejemplo es el consumismo chino. Sabemos demasiado poco de él para poder valorarlo con exactitud. Pero es indudable que está consiguiendo progresos por el camino de una poderosa industrialización mediante la movilización de cientos de millones de brazos, el despliegue de una psicología de masas sumamente hábil y eficaz, y una represión del espíritu de gigantescas proporciones. Todo ello unido a una elevada renuncia al consumo y a una progresiva igualdad, además de una amplia renuncia al capital extranjero. La variante de Cuba contiene algunos de estos elementos (aunque, en razón del fomento monocultivo, lleva en sí el germen de mayores dificultades económicas). En estos países, a los que cabría añadir los casos de Corea del Norte y Vietman, aún no se ha cerrado la primera fase.

Nos enfrentamos, pues, tanto en los países capitalistas como en los del capitalismo estatal, con una masa trabajadora cuyos antepasados tuvieron que soportar la primera dura fase de explotación, en la que se produjeron enormes rendimientos de trabajo con un consumo escasísimo y un tiempo libre reducido a su mínima expresión, y que comienza ahora a cosechar los frutos de los sacrificios de sus padres y de sus abuelos. No es, pues, nada extraño que esta clase quiera defender su nivel social y que intente ampliarlo. Pero no es menos cierto que ningún país subdesarrollado del mundo podrá conseguir sus empeños sin una forma de movilización de masa de trabajo disciplinado. Los trabajadores de los países avanzados de Este y del Oeste pueden ayudar a mitigar las duras cargas del desarrollo. Pero no pueden dispensar por completo del esfuerzo requerido a sus camaradas obreros del Tercer Mundo.

Los ejemplos citados muestran que es totalmente insensato querer obsequiar a estos países subdesarrollados con modelos del mundo "altamente evolucionado". De momento, el liberalismo occidental es inservible en estas regiones. Y esto por razones económicas como tradicionales. Aquí hay que renunciar a tareas misioneras. Pero como la modificación de las estructuras sociales tiene una importancia decisiva para los países subdesarrollados, los liberales deben guardarse sobre todo de colaborar con los sustentadores de estas estructuras, ya periclitadas y en parte feudalistas. Donde sea posible, deberían más bien buscar la cooperación con las fuerzas revolucionarias y los movimientos de liberación, que son los únicos dispuestos y capacitados para modificar radicalmente y modernizar las estructuras de estos países. Pero el liberalismo debe guardarse también de no verse desbordado por prácticas transplantadas desde países con una tradición, un grado de desarrollo y una estructura de clases completamente diferentes de las imperantes en Occidente.

## IX

---

### La sociedad equilibrada

Caso todas las teorías adolecen del efecto de que conceden un valor absoluto a unos conocimientos y unos aspectos o elementos ciertos, pero parciales, y de esta verdad parcial, elevada a valor absoluto, extraen todas sus consecuencias. Pero como la realidad es casi siempre mucho más pluriforme, e incluye a menudo imponderables y aspectos que no pueden calcularse de antemano, las sublimes teorías, declamadas dogmas, fallan al enfrentarse con los hechos reales. Este proceso desemboca de ordinario en la construcción mental de inteligentes excusas y subterfugios. La culpa no sería de la teoría, dogmáticamente fosilizada, sino de defectos en su aplicación, o de los hombres que no quieren dejarse empujar a su salvación o, mejor aún, de poderes anónimos y misteriosos, o de malignos montajes y mecanismos. Los dogmáticos de todas las escuelas recurren con sumo gusto al “enemigo”, al que hacen responsable de la contradicción entre su teoría y la praxis, al eterno enemigo de que necesitan para poder mantenerse en pie.

Ya Karl Marx había descubierto la miseria de la filosofía, que era muy capaz de interpretar al mundo, pero incapaz de modificarlo. Propiamente, Marx quiso poner fin a la filosofía. No lo consiguió. Siguen dominando el campo positivistas y existencialistas, hermeneutas y teóricos críticos, idealistas y materialistas de todo topo y de todas las escuelas. No sólo no modifican al mundo, sino que ni siquiera lo interpretan de una manera aprovechable. Cuando se intenta reducir sus pesados mamotretos a su contenido real y expresarlo en un lenguaje inteligible, el resultado final no suele aportar mucho más allá de algunos conocimientos humanos básicos, verdades de Perogrullo, lugares comunes y sabiduría de refranero. Los conocimientos realmente nuevos o las opiniones originales sobre los hombres o las cosas, que podrían haberse formulado muy bien y en términos inteligibles en veinte, cincuenta o cien páginas, se prolongan a lo largo de interminables capítulos, redactados en un misterioso e incomprensible lenguaje, con citas inacabables y superfluas que, en espirales complicadas y tecnificadas, se prolongan hasta el infinito. Estas objeciones no son nuevas, y menos originales. Constituyen el núcleo de la crítica de Schopenhauer a Hegel. Pero de nada o casi nada sirvieron para la formación de la burguesía alemana y de sus emperajilados sucesores. El mundo no fue modificado de hecho por estos intérpretes, sino por la evolución de las ciencias y de las técnicas, por las consecuencias económicas y sociales de este desarrollo y por hombres y fuerzas que fueron capaces de promover –desde la base de este desarrollo– una política concreta, es decir, una nueva configuración de la sociedad.

Aunque uno consuma muchos años leyendo bibliotecas enteras, apenas recibirá de los filósofos y teólogos una respuesta satisfactoria para las preguntas definitivas. Qué es, en último término, la verdad, en qué consiste el sentido de la vida, cómo puede contestarse al urgente “por qué” en una situación existencial de crisis, cómo poder explicar al hombre sencillo el acaso, la desdicha, el destino, la muerte, todo esto son preguntas sin respuesta.

Aunque hoy se hace a menudo responsable de todo no a Dios, sino al “sistema”, las preguntas definitivas quedan definitivamente sin respuesta. También la concreta filosofía política y la filosofía social son sólo una pieza fragmentaria dentro de la totalidad del conjunto.

Es cierto que los filósofos se han esforzado, desde hace milenios, por descubrir el mejor modelo de Estado. Pero todavía no se ha presentado ningún modelo válido para la sociedad industrial del siglo XX y quizá del XXI. Esto es debido a que las ideas hoy en curso se remontan al siglo pasado, y aun más atrás. Las grandes sociedades que fueron aceptadas en su tiempo como modelo no llevaron a un equilibrio sociopolítico y ni siquiera desarrollaron un concepto suficiente de la teoría del equilibrio.

En este punto, podemos partir del supuesto de que la sociedad que se acerca al grado de perfección posible es aquella en que la libertad, la igualdad y el crecimiento mantienen entre sí una relación equilibrada. Pueden enumerarse también el talante liberal, la justicia y la eficacia como elementos que deben mantenerse equilibrados para constituir una sociedad soportable.

- Libertad de espíritu y actitud personal liberal;
- justicia y equilibrio social, y
- crecimiento económico de elevada eficacia,

son las tres líneas que, en una sociedad óptima, deberán formar un triángulo lo más equilátero posible. Estos valores no admiten una fácil medida cuantitativa, pero se les puede apreciar con bastante exactitud. De todas formas, es bien seguro que las grandes potencias mundiales no han hallado, en este sentido, una relación de equilibrio y cada una de ellas propugna uno de estos valores como supremo frente a los demás.

En los Estados Unidos de América se adora el ídolo del éxito. El crecimiento y la eficacia son muy grandes, la libertad y el talante liberal se mantienen en un discreto término medio y la justicia y el equilibrio social rozan los mínimos. El rendimiento triunfa sobre la justicia.

En la Unión Soviética la igualdad y la justicia social son relativamente grandes, la eficacia está, en el mejor de los casos, en los valores medios, la libertad y el talante son muy débiles. Una igualdad que muchas veces aparece distorsionada deja en penumbra la libertad.

En la República Federal Alemana la libertad y la eficacia han conseguido mantenerse en una relación relativamente aceptable, la justicia social no es débil, pero está retrocediendo con notable celeridad. En Suecia, los tres valores fundamentales se acercan a una relación óptima, aunque este país ha partido de unas condiciones previas excepcionalmente favorables.

En algunos países subdesarrollados, el triángulo es todavía equilátero, pero demasiado pequeño: la libertad, la justicia social y la eficacia son, por igual, escasas.

En la fase del desarrollo no todos los valores han progresado al mismo ritmo. Pero los ejemplos de Estados Unidos y de la Unión Soviética muestran que el adelanto que uno de estos valores consigue frente a los restantes puede llegar a consolidarse de tal modo que resulta increíblemente difícil restablecer el equilibrio durante el ulterior desarrollo.

En Europa es donde se dan, al parecer, las condiciones históricas y sociales relativamente óptimas para la evolución hacia el equilibrio de los valores. Si el Viejo Continente consigue unirse cada vez más y crear un modelo de equilibrio entre la libertad,

justicias y la efectividad, podría tal vez reconquistar una parte de la significación espiritual que ha ido perdiendo en los últimos decenios.

En definitiva, de lo que se trata es de unir y reconciliar entre sí a las dos grandes revoluciones europeas, la francesa de 1789 y la rusa de 1917. El socialismo y el liberalismo no son “agua y fuego”, sino magnitudes perfectamente conciliables a partir de sus esfuerzos originales en torno al hombre. Ya antes se ha dicho que no existe la menor fundamentación liberal para la injusticia social ni para unas rígidas normas de relaciones de poder y de propiedad. Pero tampoco se da suficiente fundamentación en el socialismo para el hecho de que en una sociedad sin propiedad privada sobre los medios de producción no existan o no puedan existir los derechos y las libertades fundamentales. Afirmarlo así es, en ambos casos, una ideología de la casta dominante.

En el contenido de un Estado liberal entran, ahora y siempre, como elementos constitutivos, las siguientes premisas básicas:

- la oportunidad real de situación del grupo en el poder mediante un acto libre de la población;
- un ámbito de derechos fundamentales, derechos de la libertad y derechos humanos, protegido frente al poder del Estado y frente a las concentraciones del poder privado;
- la independencia de los tribunales frente al gobierno, la vinculación exclusiva de los jueces a la ley y la comprobación de la constitucionalidad de todos los actos del gobierno y de la Administración;
- máxima transparencia y posibilidad de información de todos los actos del gobierno y de la Administración, de las actividades de todas las organizaciones dotadas de eficacia política y social, de la economía, de la ciencia y de la administración de justicia;
- protección de las minorías, que han de poder defender sin limitaciones sus propios fines y vivir y actuar de acuerdo con sus propias peculiaridades.

Estas condiciones básicas, que aquí sólo pueden formularse, por supuesto, en términos globales, no están ahí como realidades obvias, sino que es preciso conquistarlas día a día, incluso en el seno de una sociedad relativamente libre. Pero tampoco existe la menor duda de que la democracia parlamentaria tiene, a pesar de todas las deficiencias, una clara ventaja en orden a la realización de estas condiciones. A pesar de todas sus limitaciones, dependencias y prácticas manipuladoras, en estas sociedades, mayor que en ninguna otra época de la historia.

## X

---

### Las líneas del frente de batalla

No deja de ser un hecho trágico que el comunismo llegara por primera vez al poder en un enorme imperio que no sólo estaba económicamente retrasado y que carecía de las condiciones clásicas para la implantación de una sociedad comunista, sino que, además, jamás conoció un período liberal a lo largo de su historia. Así pues, se dio el segundo paso antes de haberse dado el primero.

Mientras que el comunismo ha conseguido en la Unión Soviética grandes éxitos en el campo del desarrollo del país, en materia educativa, en el ámbito de la industria y en el nivel de vida, la masa de la población no echa mucho en falta la ausencia de la libertad de prensa y la eterna tutela burocrática sobre la literatura, debido a que carece de toda norma comparativa histórica, pasada o actual, para medir el grado de libertades individuales y espirituales. El tradicional aislamiento del gran país ha producido un subdesarrollo del deseo de otro tipo de evolución y de otras formas de necesidades normales en otros pueblos. Estos factores y la autocomplacencia de una potencia mundial que se apoya en sí misma, explican también la total incompreensión que mostraron por ejemplo respecto de la “primavera de Praga” y la enfermiza inclinación a ver en cualquier movimiento de crítica abierta la expresión de fuerzas contrarrevolucionarias.

Pero, ¿qué significa exactamente contrarrevolucionario? En los primeros años de la revolución soviética el concepto era claro. Describía la tendencia a rechazar la revolución socialista, a restablecer, mediante el poder, el orden pasado y a reinstaurar en sus privilegios a las grandes familias derrocadas. Pero las revoluciones no se dejan meter en cámaras frigoríficas.

De la Unión Soviética revolucionaria surgió un poder establecido. La crítica intelectual a que se le somete es más revolucionaria que su defensa con los métodos clásicos de los Estados autoritarios conservadores. Si alguna vez se produjera un movimiento popular contra el dominio soviético, sería probablemente revolucionario y su impugnación contrarrevolucionaria. De todas formas, las probabilidades se inclinan, también en este caso, a favor de un desarrollo evolutivo. También un orden social socialista, en el que se ha eliminado la propiedad privada sobre los medios de producción, debe ser capaz de desarrollar una Constitución que garantice las libertades “burguesas”. Podría establecer, por ejemplo, que la socialización de los medios de producción es parte constitutiva inamovible de la Constitución, del mismo modo que en Occidente existen algunos principios cuya impugnación o violación se considera anticonstitucional. Con todo, en el marco de esta Constitución con un socialismo garantizado, debería quedar siempre abierta la posibilidad de desarrollar un sistema en el que puedan competir entre sí diversos grupos o partidos fieles a la Constitución, alternándose en el ejercicio del poder y siempre con la garantía del respeto a los derechos fundamentales y a los de la libertad. Si el socialismo quiere seguir afirmándose como sistema de partido único, debería al menos

establecer la condición mínima de la posibilidad de formar diversas fracciones dentro del partido único.

Pero los titulares del poder del sistema socialista mundial fundamentan su actuación en la necesidad del constante enfrentamiento con el capitalismo mundial. Afirman que tienen que adecuar sus estrategias a las de sus adversarios, justificando así los retrocesos de la libertad en el interior de sus países, sus poderosos esfuerzos armamentísticos y su política exterior de prepotencia. En este subterfugio hay, como en todo subterfugio, un fondo de verdad. Pero como es muy probable que nunca desaparezcan del todo los enemigos en el mundo y la utopía de un paraíso comunista unitario extendido a escala mundial sigue colgada de las nubes, siempre resultará posible yugular cualquier progreso interno hacia la libertad aludiendo a los peligros exteriores. Uno de los axiomas marxistas afirma que las guerras sólo son posibles entre países capitalistas, nunca entre los socialistas. Pero los recientes conflictos entre Pekín y Moscú han desenmascarado la utopía de tal afirmación. En la actualidad, parece más probable una guerra entre estas dos potencias dirigentes comunistas que entre los Estados Unidos Y la Unión Soviética y, por supuesto, muchísimo más probable que una guerra entre Estados capitalistas.

En este punto, la oposición Norte-Sur ha desplazado a un segundo término el enfrentamiento Este-Oeste. Las ventajas alcanzadas por el desarrollo de un país o de un sistema de alianzas frente a otros influyen en la esfera de intereses y se convierten en origen de conflictos de intereses más acusados y potentes que el orden social de estos países. La experiencia de que entre los diversos Estados socialistas o comunistas no reina una paz auténtica es una de las más amargas lecciones que han tenido que aprender las personas que han crecido dentro de las categorías mentales del marxismo clásico.

Los teóricos marxistas siguen designando hoy día, con fiel escolasticismo, al imperialismo como el estadio supremo del capitalismo. Lo que en los tiempos de Marx era verdadero, a falta de una experiencia de Estados socialistas, se aplica, sin crítica alguna, a la situación actual. El imperialismo es aquí, en lo esencial, un problema de orden de magnitud o, dicho de otro modo, de la magnitud de la concentración de poder. Del mismo modo que los trusts, llegados a una determinada expansión, se comportan siempre del mismo modo, ya sean de propiedad privada o estatal, así también las grandes potencias se comportan de un modo similar, ya sean socialistas o capitalistas. Desarrollan unos determinados intereses, que imponen siempre que les es posible. Hemos vivido las experiencias de la intervención soviética en Hungría lo mismo que la americana en Guatemala, los tanques de las grandes potencias ruedan en Praga y en Vietnam, las armas de los Estados superpoderosos atizan los focos de tensión de este mundo, lo mismo en Indochina que en el Oriente Próximo.

Las grandes potencias mundiales, que se mantienen entre sí en jaque y calculan despreocupadamente los intereses de los pequeños países que forman su vanguardia, están muy lejos de ofrecer estructuras internas modélicas. Los Estados Unidos dejan corromperse a sus ciudades y permiten que una quinta o incluso una cuarta parte de su población viva en barrios miserables. La Unión Soviética persigue a los intelectuales como en los tiempos de los zares y, en su calidad de mayor país agrario del mundo, no es capaz de garantizar, después de más de medio siglo desde la revolución, el abastecimiento de legumbres frescas para su población. Pero su ideología sigue siendo grandiosa.

Los heraldos de la guerra fría se presentan en el Este como defensores del socialismo y en el Oeste como campeones de la libertad. Pero la verdad es que todo acto de la guerra fría es, primariamente, un acto hostil a la libertad. La guerra fría da a uno de los



bandos argumentos para tirar de las riendas del impulso de los pueblos hacia más libertad y mayor actitud liberal y mejor abastecimiento de bienes, aludiendo a las supuestas amenazas exteriores. Y obliga a la otra parte, bajo la misma e idéntica alusión a las amenazas, a acomodar cada vez más el contenido de la libertad y derechos de sus sistemas al del llamado adversario, porque así lo exige, al parecer, la organización de la defensa, la economía armamentística y la propaganda.

Ya por esta sola razón, el liberal debe volcar sus esfuerzos a favor de la distensión y la coexistencia. Quien desee construir sobre el modelo de una sociedad equilibrada, en la que la libertad de espíritu, la justicia social y la capacidad del rendimiento económico mantengan entre sí una relación óptima, debe esforzarse también por la distensión en política exterior, si se quiere que la coexistencia signifique, en el dogma de la parte contraria, algo más que un abandono momentáneo de la senda de la revolución mundial. Cada etapa vivida en la coexistencia crea hechos que, a la larga, también deberán ser tenidos en cuenta por la superestructura ideológica.

Las fuerzas determinantes de nuestro mundo pueden, en realidad, inscribirse en dos campos. Con todo respeto por las necesarias matizaciones y las diferencias existentes, puede decirse que se enfrentan las fuerzas progresistas de un lado y las fuerzas de la inercia y del retroceso por el otro. El frente corre zigzagueando por doquier entre liberales y conservadores. La contraposición no se establece entre el Este y el Oeste, sino que cruza a través de los bloques; no enfrenta a un pueblo con otro pueblo, sino que divide a los pueblos en su propio seno; no encuentra su expresión en uno u otro partido, sino que serpentea a través de los partidos.

En el Este hay dogmáticos y reformistas, en el Oeste hay partidarios de la guerra fría y amigos de la distensión, en las iglesias hay conservadores y progresistas. La gran contradicción en los Estados Unidos, por ejemplo, no se desliza entre republicanos y demócratas, sino entre los conservadores y los libereles de uno y otro partido.

Los portavoces conservadores de las rígidas estructuras de poder del Este y del Oeste se combaten externamente entre sí, pero se turnan de hecho en el poder. La existencia de los unos suministra argumentos para la praxis de los otros. Se pasan la pelota, aunque sin ponerse de acuerdo. Hasta que, alguna vez, al fin, la pelota se rompa.

## XI

---

### Peligros latentes

Los órdenes capitalistas son potencialmente fascistas. Este viejo conocimiento, que durante algún tiempo se mantuvo soterrado, ha sido puesto de nuevo bajo la cruda luz del día por el movimiento protestatario de izquierdas. Por desgracia, estas mismas fuerzas, que pueden reclamar para sí este mérito, han echado al olvido todo conocimiento, no menos importantes: que los órdenes socialistas son potencialmente stalinistas. En las situaciones apuradas extremas, cuando surgen grandes peligros que amenazan sus posiciones en cuanto propietarios puede muy bien ocurrir que los dominantes de los Estados capitales prefieren buscar su salvación en regímenes fascistas antes que resignarse a perder sus privilegios. En el socialismo, el dirigente establecido estará más dispuesto a recurrir a prácticas stalinistas que a exponerse a un auténtico control del pueblo, a la libre discusión y a su posible destitución.

Por su puesto, los términos fascistas y stalinistas no son aquí designaciones de concretos hechos históricos, tales como los ocurridos en el súbito cambio italiano de un socialismo elitista de izquierdas al primitivo fascismo de Musolini, o el nacionalsocialismo alemán bajo el “Führer” Hitler o en el reinado del terror del “generalísimo” Stalin. Describen, en términos globales la victoria del orden total sobre la libertad, las situaciones en las que se dan la mano una perfecta limitación de la libertad de espíritu, de la actitud liberal personal y de los derechos cívicos con el dominio incontrolado de un director o de un grupo que se halla en posesión del poder absoluto. Estos sistemas viven sobre todo gracias a que saben mantener despierto el instinto de agresión de las masas, que dirigen a enemigos siempre nuevos, sean interiores o exteriores.

Pardo y rojo no son, por supuesto, valores iguales y también el fascismo y el stalinismo se distinguen entre sí, aunque menos ciertamente por sus métodos de dominio que por sus objetivos. Pero sería demasiado simple querer disculpar al stalinismo como fenómeno peculiar de una determinada situación histórica, o, considerar al fascismo como factor inmanente del sistema capitalista. También el fascismo puede irrumpir sólo en unas situaciones históricas muy determinadas.

Si unimos ahora en una misma perspectiva los peligros fascistas del capitalismo (siempre al acecho y además activables en unas concretas situaciones históricas) y los riesgos stalinistas del socialismo, se obtiene la dolorosa conclusión de que todo orden humano se halla sujeto a la amenaza de transformarse en esclavitud tota. Sólo en el reino de la pura utopía existen sociedades tan “inhumanas” que no conocen ningún problema de poder. Sólo los enteramente ingenuos creen en un mundo “sin sistemas”, en el que puede prescindirse de todo tipo de órdenes y de aparatos.

Los latentes peligros de los órdenes humanos no proceden tan sólo de su estructura o de su sistema social. También la tradición y la mentalidad de los pueblos desempeñan aquí un importante papel. No es casualidad que el fascismo alemán fuera más radical,

despiadado e inhumano que el italiano. Tampoco se debe al azar que los potenciales peligros fascistas sean mínimos en países indudablemente capitalistas, como los escandinavos, o Gran Bretaña, mientras que la República Federal Alemana son mayores, en Grecia agudos, en España latentes durante varios años y que incluso en los Estados Unidos sean cada vez más imperceptibles. Y, una vez más, no es casualidad que el stalinismo pudiera mantenerse durante decenios en la Unión Soviética y que siga en pie el peligro de una especie de virulento neostalinismo, mientras que en Hungría y Polonia provocó sublevaciones populares, en Yugoslavia no tuvo la menor oportunidad y en Checoslovaquia –donde prolongó su presencia- desencadenó un movimiento reformista que sólo pudo ser domeñado mediante un ataque procedente del exterior. Hitler tiene que ser vencido día a día y Stalin extiende una y otra vez su mano desde la tumba.

Dado que ni puede contemplarse en un modelo teórico ni alcanzarse en la práctica un orden que excluya con absoluta seguridad los potenciales peligros totalitarios de las sociedades humanas, debe alzarse el mayor número de seguridades posible, para que no degeneren en un estadio agudo. En el siglo XIX, el liberalismo logró crear un sistema de seguridad contra el abuso del poder, pero fue imperfecto y hoy día no funciona con la eficacia que es menester. Sus elementos básicos –pluralidad de poderes, máximo contraste posible con la opinión pública, independencia de los tribunales- son, a pesar de sus deficiencias y de su parcial incapacidad de funcionamiento, utilizables también hoy día. O, en todo caso, todavía no se ha descubierto nada mejor para reemplazarlos.

Iniciativa ejecución y control son (según Ralf Dahrendorf) las tareas básicas de la sociedad moderna. Interesa mantenerlas en una relación equilibrada entre sí. Debe crearse amplio espacio de libertad a la iniciativa, a los estímulos que brotan de la sociedad; para el ejecutivo, es decir para la ejecución de las iniciativas, debería crearse una organización óptima y racional mediante órganos especiales (parlamentos, tribunales de cuentas, comités de investigación) y, sobre todo, debería asegurarse, gracias a la posibilidad de discusiones públicas, un mayor grado de eficacia.

Es dudoso que las estructuras políticas tradicionales basten para alcanzar estas metas. Es evidente que el parlamentarismo está necesitado de una reforma fundamental. Para devolverle su plena capacidad de funcionamiento en cuanto representantes del pueblo, foro de los enfrentamientos políticos y órganos de control, debería probablemente descargarse del peso de un minucioso trabajo legislativo.

El elemento característico de la orientación liberal es siempre su referencia al derecho. Quien entiende el derecho como mera función de castigo y expiación no es liberal. Según los liberales, la misión del derecho es únicamente resocializar a los castigados y, si esto no es posible, aislarlos para proteger a la sociedad. Mientras los Estados supuestamente avanzados no hayan eliminado la bárbara pena de muerte, muestran ser profundamente reaccionarios en su praxis jurídica. El derecho ha de ser calculable e impugnabile e impartirse a su debido tiempo, porque una sentencia jurídica que llaga demasiado tarde significa en la práctica una negación del derecho. El derecho puede además fosilizarse y el cuerpo de jueces puede convertirse en cómplice de una justicia clasista. En consecuencia, la existencia liberal de la independencia de los jueces frente toda intervención estatal debe complementarse con una activa crítica pública de la administración de justicia. Debe superarse, a tenor del espíritu liberal, el temor a corregir sentencias erróneas, la falsa inclinación a, por razones del orden, preferir castigar a un inocente antes de dejar libres a unos cuantos culpables; debe suprimirse la desigualdad de

recursos actualmente existentes entre la acusación y la defensa. En el Estado de derecho se halla aún en los primeros pasos de su plena implantación.

Por lo demás, la administración de justicia no tiene nada de acción sacra, en la que el humilde pecador deba recibir la sentencia de un santo tribunal. La administración de justicia es el cumplimiento de una tarea profana esencial para la sociedad. El solemne ceremonial de los tribunales, el disfraz de los jueces, fiscales y abogados embutidos en sus togas, las arrogantes maneras con que algunos jueces dirigen los procesos, no responden a la sobria función de una administración de justicia democrática.

El derecho debe mantenerse vivo y debe someterse, cuanto al contenido y las formas procesales, a los cambios de la sociedad. Pero justamente la administración de justicia de los tribunales supremos suele acomodarse con notable retraso temporal a estos cambios. A las pesquisas judiciales se les debe garantizar de hecho una cierta oportunidad para que el derecho siga siendo calculable. Un derecho rígido, unos tribunales reaccionarios, perjudican el desarrollo del estado de derecho.

El derecho debe ante todo proteger a los débiles contra los poderosos, a los desposeídos frente a los propietarios, y no al revés. Los jueces deben comprender que no son funcionarios ejecutivos de la superioridad, sino sus controladores. Finalmente, el derecho no debe administrarse en la democracia en nombre del Káiser o del rey (en el socialismo en nombre del poliburó), sino siempre, en uno y otro campo, en nombre del pueblo.

## XII

---

### Tiempo libre y Libertad

En las sociedades industriales de masas, un número cada vez mayor de hombres gozarán de un espacio cada vez más amplio de tiempo libre. De todas formas, durante un cierto período, es decir, mientras se esté creando un estructura industrial básica, en las sociedades subdesarrolladas ocurrirá el fenómeno contrario: irá en aumento el número de hombres que tendrán un grado cada vez más restringido de tiempo libre, hasta que la evolución alcance un punto que permita el gran cambio de sentido de la marcha.

“Hacer lo que a uno le gusta”, tener campo libre para el juego de la fantasía, es, indudablemente, una meta seductora; pero el placer se desvanece cuando se despierta del *dolce far niente* hundido en la necesidad y en la miseria. La configuración independiente de la vida presupone que los hombres poseen –en cada caso según el origen, la inclinación, la historia y el medio ambiental- una estructura básica capas de funcionamiento, un mínimo de seguridad existencial, seguridad personal, una cultura de la vivienda, servicios médicos, libertad de movimientos, sistemas de información y centros de enseñanza.

El impulso idealista-romántico de algunos de los descendientes de la antigua clase ociosa, cuya vida discurrió en la holganza y la autorrealización a costa de los duros trabajos de esclavos sudorosos, siervos de la gleba, criados y subalternos, por democratizar aquella ociosa vida feudal, es desde el punto de vista individual, comprensible, pero desde el punto de vista social irrelevante. El fantástico proyecto de distribuir, así, simplemente, todos los bienes materiales entre todas las clases y todos los pueblos del Este y del Oeste, del Norte y Sur, de la manera más igualitaria que sea posible, para luego vivir todos en paz y holganza compartida, es absolutamente ingenuo ya por la simple razón de que la riqueza no es una magnitud estática, sino algo que debe producirse día a día, dentro de un económico entramado de gran complejidad. A los indios del Brasil les resultaría de muy escasa utilidad recibir un par de trenes desmontados. Las secciones de una empresa química “repartida” que les pudiera caber en suerte de los habitantes de las junglas africanas o de las estepas asiáticas no haría sino convertirse en pura chatarra. La distribución material de los bienes destruiría las economías florecientes, sin ayudar a las deficitarias.

Las discusiones en torno al tiempo libre de las sociedades desarrolladas están distorsionadas desde dos posiciones. De un lado, por la antes esbozada e ingenua escuela, que querría implantar una elevada medida de tiempo libre, sin tener en cuenta la evolución e producción y productividad y que implicaría el rápido hundimiento del nivel de vida. Del otro, por la escuela del pesimismo cultural, que considera nocivo el aumento de tiempo libre en beneficio de las masas. Se dan, incluso, algunos círculos pretendidamente liberales que arrugan la nariz por que las “pequeñas gentes” disponen cada vez más de tiempo libre. Y, sin embargo, este tiempo es una de las formas de la libertad. Quien tenga la idea de que, a la larga, la mayoría de los hombres no sabrán hacer un uso razonable de su libertad, este tal no es liberal.

De otra parte, los hippies y vagabundos que, a menudo de caprichosa manera y con orgulloso desprecio de la solidaridad social, viven una vida en libertad y ociosidad con

radical renuncia a las necesidades fundamentales, desempeñan, sin ellos saberlo, una provechosa función social. Estos marginados, sobre los que se ceban las críticas, son en cierto sentido los más adaptados. Son la vanguardia de la destrucción de actividades y concepciones a las que quiere renunciar en amplia medida la sociedad del futuro.

La sociedad ha sabido crear en todos los tiempos las virtudes que le son útiles. En la época de la fundación, cuando la formación y acumulación del capital era el máximo precepto de la economía, nuestros bisabuelos desarrollaron la virtud del ahorro, hasta la autonegación de enteras generaciones, en beneficio de las generaciones que les sucederían.

En la época del desarrollo del gran crecimiento económico, y sobre todo en el período de reconstrucción de la posguerra, los padres cultivaron la virtud de una dura mentalidad de rendimiento, unida al placer por el consumo cada vez más elevado. El consumo se convirtió en la vara de medir del prestigio social.

Ante la irrupción de la automatización y las computadoras, los hijos están ahora descubriendo el tiempo libre, el ocio y la formación, porque el implacable progreso de la economía no permitirá, en un tiempo a corto plazo, el pleno empleo entendido en su acepción clásica. Por supuesto que los “trusts” de la diversión y las industrias del tiempo libre se están apresurando hábilmente a programar con antelación las lagunas y los vacíos, pero en el futuro la oferta será tan pluriforme que incluso la elección a partir de los “sistemas de producción por piezas” presupondrá un elevado número de posibilidades de decisión individuales. La futura sociedad de la formación multiplica más aún esta pluralidad. Tras una larga fase transitoria de inseguridad y de angustia ante el ocio, la mayoría de los hombres aprenderá perfectamente, paso a paso, a utilizar de forma razonable su tiempo libre. La norma de este empleo “razonable” no se formará a partir del pasado, ni se tomará del modelo del sentimiento de la vida de las antiguas capas privilegiadas o de los círculos intelectuales esotéricos.

Son muchos los críticos de la cultura que incurren en el error de comparar el vacío consumismo de tiempo libre de amplias masas con las costumbres del tiempo libre, de alto nivel cultural en términos relativos, de las antiguas capas dirigentes. La comparación es descaminada. Las costumbres de tiempo libre de las masas actuales sólo deben compararse, para ser justos con la existencia miserable de las masas del pasado, situadas en el ínfimo nivel social, obligadas a un duro esfuerzo laboral se les daba justo lo suficiente para la mera reproducción de la desnuda fuerza laboral. La democratización significa siempre un nuevo paso hacia la nivelación, al menos de la fase de transición. La no democratización, es por el contrario la calidad de una minoría a costa de las amplias masas.

La afirmación de que en el futuro aumentará el impulso hacia una mayor formación y una mayor actividad social puede ilustrarse con el ejemplo de las nuevas generaciones femeninas que, en cuanto capa hasta ahora infraprivilegiada, a lo que aspiraban no era al dulce ocio, sino a nuevos campos de actividad y a su autorrealización a través del rendimiento social. la autorrealización incluye siempre una dosis de reconocimiento social. Quien concentra la totalidad de su capacidad de rendimiento en aumentar su fortuna personal no será ya considerado en el futuro como modelo a seguir. Ciertamente que no desaparecerá el egoísmo humano como impulso, pero se sublimará en virtud de la modificación de las tablas de valores en beneficio de criterios de rendimiento relacionados con la sociedad. Pero tenemos todavía un largo camino por delante que, desde luego, no será recorrido sobre la base de un retroceso de la civilización o de un empobrecimiento general.

## XIII

### **Evolución liberal de la cultura**

---

Existen ya, sin duda, las premisas externas en orden a la realización de mayor libertad para un mayor número de hombres en la sociedad industrial de masas. El problema consiste en si también se podrían ir creando los presupuestos interiores.

Se registra un aumento constante del tiempo libre –como forma importante de la libertad- para un número cada vez más elevado de personas. y aunque muchos de estos hombres tienen que volver a emplear una parte de este tiempo libre en nuevas ocupaciones para aumentar sus ingresos reales (horas extras), o bien lo “despilfarran” o lo transforman en formas “no alientadoras” de trabaja (trabajos caseros, cultivo de jardín, ayuda a los vecinos, trabajos de aficionados), queda en pie la afirmación básica de que existe una tendencia al aumento del tiempo libre.

Será cada vez mayor y beneficiara a un número creciente de personas el aumento de los ingresos reales individuales que bastará con creces para adquirir los medios necesarios para la mera producción de la fuerza laboral y abrirá nuevas posibilidades alternativas de decisión para gastos o inversiones. Aunque es cierto que ahora se entienden de otra manera y se consideran urgentemente necesarios en el mundo moderno, para restablecimiento de la fuerza laboral, unos bienes y servicios que no se tenían por indispensables en el siglo pasado, no es menos cierto que también esta “ley” mantiene una tendencia constante.

La movilidad de la sociedad industrial libera cada vez más al hombre de su “aprimamiento” local y clasista. Los medios mundiales de información y los medios de transporte, la multiplicación de los centros de formación y ampliación de estudios, llevan a una eliminación de las ataduras locales y regionales (movilidad horizontal) y a la disolución de la fijación de la vida a una carrera o una profesión (movilidad vertical). El caso típico de las épocas anteriores, en el que el hijo hereda la casa del padre aprendía su misma profesión y se casaba con una mujer del entorno más o menos inmediato y, por supuesto, siempre dentro de la misma clase social, se esta convirtiendo en nuestros días en la excepción.

Los nuevos transparentes sistemas de formación que aquí se perfilan, con jardines de infancia, escuelas primarias, centros superiores integrados y oportunidades de ampliación de la formación prolongadas durante toda la vida, llevarán poco a poco a la igualdad de las oportunidades de formación que por lo demás –y contrariamente a lo que el viejo error liberal proclama- no significara ya de por sí la nivelación automática de la igualdad de oportunidades en la sociedad. Pero también aquí la tendencia marcha en esta dirección.

Por primera vez en la historia se crearán, pues, en una parte del mundo, los presupuestos para un mínimo de libertad e igualdad de la gran masa. No hay por que conceder, sin más, que una mayor igualdad desemboque siempre en una cierta nivelación, en un movimiento pendular hacia un nivel comparativamente medio. Muchas de las frustraciones vinculadas a este proceso hacia la igualdad relativa se basan en el error de que

la democratización debería significar forzosamente la elevación de todos los ciudadanos al supremo nivel de las antiguas capas dominante. Si de cada dos personas una obtiene el título de bachiller, entonces este título no significa ya gran cosa. Si el 30 por ciento de la población acude a la universidad, el catedrático no pasará de ser un obrero especializado en el terreno científico. El número de los puestos destacados no aumenta porque suba el nivel medio. Un derecho que antes era privilegio exclusivo de unos grupos reducidos pierde su importancia. En términos relativos, si se le democratiza.

Como la medida de la libertad y autoconfiguración no debe establecerse a tenor del nivel de los grupos elitistas del pasado, sino a tenor de las oportunidades de la gran mayoría de ayer, de hoy y de mañana, las condiciones exteriores para la realización de una mayor libertad tienen, en la sociedad industrial de masas, un grado óptimo. Pero son, en cambio, todavía débiles los presupuestos interinos para el ejercicio de estas posibilidades exteriores. La transformación de la conciencia humana marcha todavía muy rezagada respecto de la evolución económica, técnica y social. es peligroso error creer que este desnivel pueda salvarse de un solo salto.

Sigue todavía viva la “superstición institucional”, a saber, el error de que bastaría con crear o modificar unas cuantas instituciones, con cambiar unas pocas estructuras de organización con implantar o abolir unas pocas normas jurídicas, para solucionar de un solo golpe los problemas de la convivencia humana. Mucho más importante que estos aspectos exteriores es el hombre mismo, sus tradiciones, sus sentimientos, sus impulsos de acción, sus tablas de valores, y sus orientaciones. En este sentido, es en principio acertada la afirmación de que sólo una “revolución cultural” puede llevar al ejercicio masivo de las oportunidades de libertad, a una modificación radical de las ideas, las costumbres, los métodos educativos.

Ahora bien, las tradiciones, costumbres convenciones normas sociales, ideas y tablas de valores, todo esto no es cosa que pueda cambiarse de la noche a la mañana. Quien pretenda esto, tendrá que movilizar una gigantesca masa de terror físico o psíquico y, ya sólo por esto, destruye o amenaza el resultado. Como el poder siempre se independiza, se marca sus propias leyes en incluye en sí la tendencia a aumentar la presión de la violencia, su aplicación no puede conducir a una mayor libertad. No puede obligarse a los hombres a ser felices. Debe hablarse con ellos, intentar convencerlo para que presten atención a sus emociones. Quien aterroriza a las masas, quien en el fondo se alza sobre ellas y desde el elevado observatorio del intelectual las menosprecia, se ha hecho indigno de desempeñar la misión de apóstol del progreso social. el trabajo de persuasión es el más duro de los esfuerzos, presupone paciencia y fortaleza interior. Las masas no necesitan tutores autonominados, sino ejemplos. Por tanto, en lugar de una revolución cultural lo que debe promoverse es una evolución liberal de la cultura.

Merece la pena prevenir contra otra superstición. Tampoco una evolución liberal de la cultura con éxito durante largo tiempo aportará nuevos milagros. Con la desaparición de tradiciones ya caducas, con la democratización de las estructuras autoritarias, la “liberación” de la sexualidad y de los sistemas penales y educativos, no desaparecen, ya, sin más, los problemas humanos, sino que simplemente reciben una nueva calidad. Ni Jesucristo, ni Karl Marx, ni Sigmund Freud o Herbert Marcuse han creado el “hombre nuevo”. El moderno romanticismo de la redención, que espera que el cambio del sistema social y el progreso de la conciencia humana aportarán también la eliminación de todas las contradicciones, la superación de todos los males humanos, en una palabra, el paraíso en la



tierra debe ser y será desengañado. La esperanza humana de salvación seguirá siendo asunto de la fe y de la religión. Escapa al campo de la secularización.

La tarea más dificultosa se planteará probablemente en el intento de, sino eliminar, si al menos mitigar las contradicciones entre el conocimiento y la actuación humana, entre la fe y el hecho, entre la teoría y la práctica. El psicoanalítico que se comporta agresivamente, el pedagogo que fracasa en la educación de sus hijos, el socialista que en su vida personal está atento a sus propias ventajas personales, el crítico del sistema que se esfuerza por comportarse de una manera sumisa al sistema cuando se trata de ganar más dinero, el juez partidista en los asuntos que afectan a su propia familia, los hombres humanos no desaparecerán durante muchos decenios. Serán la incógnita desconocida de todo cálculo sobre el futuro social.

Comparando las antiquísimas verdades de Asia, la antigua filosofía de Grecia o el antiguo testamento con los problemas del hombre actual, se advierte que, al cabo de largos milenios, aún no ha sido creado el “hombre nuevo”. Todos los ancianos tienen que vivir la amarga experiencia de comprobar que es imposible o que sólo en muy reducida medida pueden pasarse a las nuevas generaciones las lecciones del pasado y que cada nueva generación comete sus propios errores. Cada joven generación tiene que enfrentarse con el problema de que no puede conocerse la realidad auténtica del mundo y de los hombres en los libros de texto. La antropología, la sociología, la investigación del comportamiento y el psicoanálisis, que deben contemplarse con visión unitaria, han aportado un poco de luz sobre la problemática humana fundamental, pero todo ello no significa mucho más allá de un par de lamparas de bolsillo para iluminar el espacio cósmico.

Sin embargo, todo esto no debe disminuir en un ápice el ímpetu y el valor para una evolución liberal de la cultura humana, sino que simplemente debe ayudar a destruir, mediante el conocimiento de la realidad de las posibilidades humanas, la altivez intelectual y el sabihondo orgullo de los profesores universitarios y, sobre todo, debe contribuir a agudizar la conciencia crítica de los reformistas, también respecto de sí mismos, de sus metas y métodos, de sus éxitos y sus fracasos. Los más acerbos críticos de la sociedad se distinguen estúpidamente, y con mayor frecuencia de la deseada, por una sensibilidad poco menos que neurótica frente a las críticas que reciben. Sienten pavor de que les descubran sus secretos.

Aun conociendo bien la “relativa relevancia” (confesión de la validez sólo relativa y de las limitadas posibilidades de éxito) de todo cambio social, desde la perspectiva liberal debe darse la bienvenida al experimento social. La única condición previa es que sea un experimento abierto, accesible a la crítica pública, y que no se le absolutice, es decir, que no tenga la pretensión de convertirse en obligatoria para todos.

Probablemente también en el futuro se dará el pluralismo de costumbres y formas de vida, bajo el techo común de unas normas éticas mínimas. El tradicional matrimonio entre dos compañeros de distinto sexo será con toda probabilidad la forma más importante de convivencia, pero a esto se añadirá la convivencia de dos personas del mismo sexo y también, acaso, formas colectivas con diversos grados de integración. Mantendrá la marcha progresiva la liberación de los sentimientos de angustia y culpabilidad de la sexualidad, pero sin que tenga que llegar a imponerse la supervaloración de las técnicas sexuales a costa de las vinculaciones humanas al otro consorte.

Se mantendrá, y deberá mantenerse, el desmontaje del elemento autoritario en la familia en todas sus variantes, en la educación en todos sus niveles y en la organización de

producción y ciencia. Los poderes legislativos, judiciales y ejecutivos deberán acomodarse a esta evolución (con el conveniente retraso).

La eclosión de unos conocimientos generalizados se verá acompañada –como acontece casi siempre- de las consabidas exageraciones. El cultivo del aseo, de la higiene, la mojigatería, la pasión del orden y el fanatismo de la puntualidad ya desde la más tierna infancia deforman el hecho de las personas. (Aunque no es del todo correcta la tesis de la domesticación del hombre que a todo dice sí, pues entonces no se explicaría cómo muchos de los productos de las formas de educación relativamente autoritarias se han convertido en radicales negadores de todo.) Pero los giros en redondo de las virtudes no crean de por sí progreso. No merece discutirse en serio la vuelta a la suciedad, a las enfermedades contagiosas, a los piojos y las lombrices, ni la aplicación de sistemas de producción, servicios y transportes de elevada tecnología, pero de efectos imprevisibles en razón de sus mutuas y complejas interferencias. La proclama de “vuelta a la naturaleza” no pasará de ser ideal romántico de grupos ajenos a la realidad, que serán inexorablemente barridos por la marcha del tiempo. La contrarrevolución técnica apenas si tiene mínimas posibilidades de victoria.

Debe, en cambio, promoverse sin la menor vacilación el experimento de la educación antiautoritaria. Tampoco ella creará el hombre perfecto, libre de neurosis y de contradicciones interiores, pero puede promocionar un hombre internamente más independiente y libre, capaz de actuar como socio y participé de una sociedad liberal, a condición de que dicha educación no se salga de unos ciertos límites. Lo que se pretende no es renunciar totalmente a unas intervenciones educativas, sino explicarlas y razonarlas incluso ante los niños de más tierna edad. Convicción en vez de domesticación, y cuanto antes mejor.

Existe también un peligro social en el hecho de que durante mucho tiempo las masas no estarán maduras para la puesta en práctica del método de educación antiautoritaria. Los niños de las minorías intelectuales que disfrutaban ya de ella, se convierten, de un lado, en “elite” privilegiada, pero del otro, se verán obligados a vivir más tarde en el seno de una sociedad cuyas estructuras son todavía relativamente autoritarias. El liceo exclusivo para los hijos y las hijas de las familias acomodadas se verá convertido en jardines de infancia privados antiautoritarios (¿y tal vez un día en escuelas privadas antiautoritarias?). Una transformación súbita y total de los métodos educativos desbordaría la capacidad de las masas y de la próxima generación de padres. El trato “colegial” con los niños de corta edad y con los párvulos supone una medida tan elevada de autodominio, tiempo, paciencia y represión de los propios sentimientos, que puede muy bien ocurrir que puede perturbar la relación entre los padres y los hijos por falta de espontaneidad y por frustración de los padres. Una “descarga” psicológica puede en ocasiones, y dentro del estricto ámbito de la convivencia humana ser más positiva que una prolongada represión de los sentimientos y unas relaciones crispadas.

Con todo, e independientemente de lo dicho, puede comprobarse que, en el curso de los últimos decenios, se ha venido registrando una reducción casi generalizada de la autoridad formal. La pregunta de si tal vez la eliminación total también de la autoridad personal no puede producir en los interesados una especie de vacío de autoridad, que les deja singularmente inertes en la vida posterior ante una dirección autoritaria, no puede responderse hoy ni con una clara afirmación ni con una rotunda negación. Se trata de un problema que subyace en el fondo de todo experimento.

Existen, con todo, algunas observaciones marginales, no insignificantes, que parecen pronunciarse a favor de la importancia de los intentos de educación antiautoritaria para una sociedad en libertad. Pero el aspecto central está en otro problema. Se plantea, en efecto, la pregunta de si la educación para la total autorrealización de la propia personalidad, la renuncia total a la represión de los propios instintos y deseos no se producirá al final no tanto a costa de un orden autoritario que procede de arriba abajo, sino a costa de nuestros vecinos más débiles, a costa del prójimo.

Si dos niños caminan en direcciones opuestas por lo alto de una tapia y nadie interviene, el niño más fuerte echará abajo al más débil. Si un grupo de niños se está burlando de un viejo y el educador no interviene, porque “en definitiva no se les puede prohibir todo”, lo que está haciendo es fomentar una educación para la inhumanidad.

En el pasado, el orden consistía básicamente en el dominio desde arriba hacia abajo. Pero el orden que una misma comunidad democrática se da así misma consiste en el respeto de los derechos de los demás. Aquí está el punto de partida y aquí los límites de una educación antiautoritaria bien entendida. El objetivo de ve ser la educación para formar socios y compañeros autoconscientes, pero llenos de respeto, no una especie de neodarwinismo en el que el más fuerte oprime o elimina al más débil y el “presidente”, elegido según criterios racionales, es suplantado por el “jefe de la manada”, que se abre paso, dentro del colectivo, a fuerza de dentelladas.

Una elevada medida de autorrealización del individuo. No existe una convivencia humana satisfactoria que no comporte alguna renuncia, alguna obtención, y, ocasionalmente, algún sacrificio. Precisamente una sociedad liberal no puede renunciar a la tentativa cristiana del amor al prójimo o al concepto socialista de solidaridad.

## XIV

---

### La libertad como tarea

El talante liberal presupone una gran fortaleza espiritual y anímica. –muy contrariamente a la falsa imagen de los “gallinas liberales”, sólo es capaz de comportarse liberalmente en las situaciones conflictivas aquel cuya fuerza interior se mantiene intacta. La actitud liberal práctica presupone que aquel que la ejerce a alcanzado un nivel de conciencia que la sitúa por encima del esquema, todavía tan profundamente arraigado, de amigo y enemigo.

La mayoría de los hombres avanzan por la senda fácil. Es, por supuesto, mucho más sencillo percibir una doctrina política salvadora, que declara que todas las dificultades de la vida tienen solución, que tienen respuesta preparada para todas las preguntas que surjan, que sabe con exactitud donde está el malvado enemigo y que recurre a la agitación en vez de a la información y a los matices es también más sencillo considerar la situación actual como básicamente ideal, venerar lo recibido, rehuir la confrontación entre teoría y praxis, aceptar los velos ideológicos de la situación existente y, por lo demás dar su asentimiento a la cómoda llamada a la paz y al orden no puede excluirse en el liberalismo se vaya a pique por exigir demasiado de sus seguidores. Nadie puede garantizar que incluso en la más equilibrada de las sociedades no pueda producirse una polarización entre dos frentes. La consecuencia podría ser que las sociedades avanzadas retrocedieran desde el estadio de su conciencia humanitaria y de su cultura orientada a la discusión de los conflictos sociales en términos acordes con la dignidad humana a tipos de mentalidad, métodos y prácticas de una época que se consideraba ya superada en amplias regiones de nuestro planeta.

Sólo se sabe lo que es libertad cuando se la ha perdido. Se rechaza la libertad y se acepta la impaciencia (Karl Jaspers) cuando –como está ocurriendo precisamente de nuevo en nuestros días- se quieren imponer demasiado a prisa los cambios sociales necesarios, que no quieren esperar las modificaciones, naturalmente largas, de la conciencia de las masas y, por esta razón, se está dispuesto a asumir pérdidas temporales de la libertad, sin sospechar que estas pérdidas pueden llegar a considerarse como magnitudes inamovibles. Se rechaza la libertad y se acepta la comodidad, porque la adaptación a lo exigente, a la nueva conformidad de la protesta exige menores esfuerzos. Y existen ya indicios de esta renuncia a la libertad por miedo, con temor ante la propia existencia y ante las propias decisiones. Todo ello en el seno de una civilización que ha exigido poco de sus habitantes, en la que los esfuerzos y la incomodidad, sin los que no puede haber libertad no son precisamente valores que gocen de alta difusión y popularidad entre las ramas.

En esta situación a estallado el conflicto Norte – Sur, se introduce en los centros potencialmente liberales métodos importados de otras regiones en las que existe una situación sociohistórica y otras tradiciones culturales. La consecuencia es que la libertad retrocede, puesta a la defensiva. Los liberales pierden audiencia cuando los ánimos se excitan. En una situación de alta tensión emocional, periodos de angustia vital

potencializada, no prosperan las actitudes liberales. Cuando se producen secuestros de aviones obligados aterrizar en los desiertos, las multicolores caravanas de las rutas del aire y los aeropuertos se convierten en fortalezas protegidas hasta los dientes. Si la bomba pasa a ser argumento político allí donde ya esta táctica parecida definitivamente superada, los centros oficiales se convierten en cuarteles, resuenan botas militares por calles y plazas, los gobernantes se atrincheran en sus residencias, huyen los ciudadanos a los barrios periféricos, se extiende la vida civil y ciudadana bajo la oleada de medidas excepcionales de seguridad.

¿Pueden alcanzar a comprender los elementos responsables de los movimientos de liberación nacional y sus amigos que puede servirce a la causa de la libertad de otros puntos de la tierra si se la hace retroceder donde parecía haber conseguido una discreta posición? ¿Pueden alcanzar a comprender los dirigentes de la economía de los países industrializados que están cavando su propia tumba cuando intentan obstruir –con violencia directa o indirecta- las mejoras de las estructuras del tercer mundo, acuciantemente necesarias, y, por supuesto imposibles de conseguir sin un ciertos grado de presión?.

Existe aún una tercera amenaza para el liberalismo. Gana terreno día a día en la conciencia de los hombres la necesidad de cambios sociales. Pero la emancipación social necesita organización, difusión, administración. Ahora bien, la historia de los movimientos no sólo revolucionarios sino también reformistas enseña que en su decurso, se forma siempre un grupo de funcionarios que, al poco tiempo, han vuelto a desarrollar sus propios intereses sociales que, con relativa rapidez, se distancian, no tanto en las palabras cuanto en los hechos, de la base y de los objetivos de su movimiento. A la larga se hacen insoportables tanto la opinión pública como la libertad, porque en ellas prospera la crítica a los intereses sociales de la capa de funcionarios nuevamente instalada en el poder. La alternativa de sistemas de consejos con constantes asambleas plenarias, con continuos cambios de gremios dirigentes a interminables discusiones, conduce de ordinario a la incapacidad de funcionamiento del sistema y a su radical transformación en nuevas formas autoritarias que, una vez más, son determinadas por los intereses sociales especiales de los funcionarios dirigentes. Acaso el hombre no esté del todo maduro para crear órdenes plenamente liberales dotados de real capacidad de funcionamiento.

El resultado final de las condiciones liberales está, pues, muy lejos de presentar un risueño panorama. Se sigue agitando el temor de que se requeriría una tercera catástrofe de la humanidad en el curso de un solo siglo para hacer que volviera a irrumpir de nuevo y con todo su ímpetu la necesidad de libertad y de dignidad humana. Esta especie de pesimismo cultural es inadmisibile para los liberales, porque no puede existir liberalismo sin un hálito de optimismo. Con todo, suena hoy a desplazado el optimismo de un Walter Rathenau, que aún seguía creyendo que:

*Las aguas de la historia universal  
fluyen incansables hacia el valle  
que se llama "Libertad".  
no permiten que nada las desvíe,  
a lo sumo estancarse,  
pero una larga retención rompe los diques.*

En nuestros días, todo parece indicar que lo que está a punto de romperse son los diques que protegen a un relativo liberalismo de la inundación de nuevas violencias y nueva

inhumanidad. Parece olvidada la lección de que, en el curso de la historia universal, han sido mucho más numerosos los hombres sacrificados a objetivos superiores, reales o supuestos, que a los desnudos intereses materiales. Los liberales se encuentran a medio camino entre los dos frentes y avizoran los peligros. Pero su voz es débil. La postura de las Casandras no es popular. Se requieren, ya desde ahora, poderosos esfuerzos para mantener abierta la puerta a un futuro en libertad.

CANAL RAMIREZ ANTARES LTDA.  
Cra. 4a. No. 25B-50  
Santafé de Bogotá, D.C. – Colombia

## **KARL-HERMANN FLACH**

Nacido en 1929, en Königsberg. En 1946 Ingresó en el Partido Liberal de Alemania Oriental en Rostock.

En 1949 huyó a Berlín Occidental, en cuya Universidad Libre realizó los estudios de Ciencias políticas, económicas y sociales, Graduándose en 1953. En 1955 ingresó en El Partido Demócrata Liberal de Alemania (F. D. P.) en Bonn, como director adjunto del departamento de prensa.

Posteriormente fue Director Gerente del Departamento político, Secretario Técnico Federal, y Secretario General. En 1972 fue Elegido diputado al Parlamento Federal, Siendo vicepresidente del grupo liberal en El mismo. Premio alemán de periodismo (1969), fue redactor y adjunto a la dirección del "Frankfurter Rundschau".

Murió en Frankfurt en 1973.

Entre sus obras merecen destacarse:

*Erhard's schwerer Weg* (1963), *Macht und Elend der Presse* (1967), *Unter uns Pharisäern* (1968), *1 x 1 der Politik* (1970).



## **FRIEDRICH-NAUMANN-STIFTUNG**

En 1958, Theodor Heuss, entonces presidente de Alemania Federal y otros ciudadanos liberales dieron vida a la Fundación Friedrich Naumann. Eligieron este nombre en memoria del ilustre liberal alemán, para trabajar en la realización de sus ideas políticas, dirigidas al fortalecimiento de la democracia, de la libertad individual, de la justicia social y de la autodeterminación de los pueblos.

La Fundación Friedrich Naumann tiene su sede en Königswinter, erca de la ciudad de Bonn, desde donde se planean sus actividades de formación sociopolítica en Alemania y el extranjero. Los proyectos y programas en el exterior se coordinan a través de oficinas regionales, establecidas en todos los continentes.

## **PERFILES LIBERALES**

La formación democrática apunta a que el ciudadano, conozca no sólo sus derechos y obligaciones democráticas y civiles, sino a que también la ejerza mediante su participación libre y responsable en los asuntos de la sociedad de que forma parte.

Dentro de esta concepción la Fundación Friedrich Naumann edita desde 1987, en la ciudad de Bogotá, *la revista Perfiles Liberales*, con el fin de impulsar el desarrollo de la cultura política, difundir los principios liberales y presentar temas de actualidad en el ámbito de América Latina, para su estudio y debate.